

EL MUNDO PINTORESCO.

ILUSTRACION ESPAÑOLA.

ESTE PERIÓDICO REGALA Á SUS SUSCRITORES DE AÑO EL IMPORTE DE LA SUSCRICION EN MAGNÍFICAS LÁMINAS Y RETRATOS.

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID..... Un mes, 8 rs.—Tres meses, 20.—Seis meses, 40.—Un año 80.
EN PROVINCIAS..... Un mes (franco de porte) 10 rs.—Tres meses, 24.—Seis meses, 48.—Un año, 96.
EN EL ESTRANJERO: Un año 120.—EN ULTRAMAR: Un año, 160.

AÑO 3.º

N.º 30.—22 Julio 1860.

Este periódico sale todos los domingos.

Se suscribe en Madrid en el establecimiento Lito-tipográfico de D. Juan José Martínez, calle del Arco de Santa María, n. 7.—En provincias en las principales librerías; y enviando directamente á la administración libranza de fácil cobro ó sellos del franqueo. Un número suelto, 3 rs. vn.

SUMARIO.

Neurología, por don Mariano Gelabert y Correa.—Revista de Madrid, por don J. A. Loren y la Hoz.—Lectura, por don Ramon Real de Mendoza.—Pascual Bruno, por A. Dumas (continuación).—Hamlet, por don E. Comas y Soler.—Soledad, por don José Suero (conclusion).—Anacreontica, por don Joaquín María de Tejada.—Ultimos cantos, poesías de don Juan Güell y Renté, por don Juan Miguel de Losada, (artículo primero).—El paseo bajo los tilos.—Modismo comun: Miente mas que la Gaceta, por don V. Joaquín Bastús.—Variedades.

LÁMINAS. Retrato de la señora doña Amalia Anglés y Mayer.—Pues, señor, este cráneo, es el cráneo de Yorich, el bufon del rey.—Baños de Alhama.—Baños de Fitero.

NECROLOGIA.

El arte musical ha sufrido una pérdida irreparable con la temprana muerte de la señora doña Amalia Anglés y Mayer, reputada cantatriz que ha obtenido en su corta carrera brillantes y envidiables triunfos.

El genio, ese rayo de la Divinidad que alumbra las inteligencias privilegiadas, sublimó don que el Todopoderoso concede á algunas de sus criaturas, se albergó dignamente en la imaginación y en el alma de Amalia Anglés, y cerniendo sus alas sobre la pura frente de la inspirada artista, hizo inmortal su nombre.

¿Quién de cuantos la oyeron cantar no recuerda aún el dulce y armonioso timbre de su simpática voz? Sus acentos, ora vigorosos, ora tiernos y apasionados, conmovían deleitando y hacían estremecer todas las fibras sensibles del alma con un placer indefinible.

Porque la música es el lenguaje de la Divinidad. Las aves, á quienes Dios permite llegar casi á la altura de su escelso trono, animales predilectos de la Omnipotencia, si atendemos á su organismo, á sus cualidades, á su

modo de ser, no tienen otro lenguaje, y por él cautivan, con él atraen y entretienen al observador ó al viajero, que se para estasiado á oír los suaves trinos del ruiseñor entre la verde pradera ó el plañidero acento de la tórtola que exhala amante queja, ó el graznar del buho, solitario vecino de las escarpadas rocas, que puebla el espacio con sordido eco.

la educacion de Amalia y cuatro hijos mas, de los cuales el mayor contaba apenas doce años.

Cuadro triste, desconsolador, es el que se presenta ahora á nuestra vista.

Una madre, sér superior á todos los séres, emblema del amor infinito, que lucha, con esa resignacion evangélica de las madres, contra los rigores de una fortuna adversa;

Si la música es, como hemos dicho, el lenguaje de la Divinidad representado en las aves ¿cuán dulce, cuán armonioso no será interpretado por una mujer como Amalia Anglés y Mayer?

De fisonomía simpática y espresiva, de dulce y tranquila mirada, de una sonrisa tan apacible como la de las Virgenes de Murillo, estasiaba con su belleza al propio tiempo que por su trato amable y distinguido, por su modestia y por su virtud.

Amalia Anglés nació el 3 de noviembre de 1827 en la ciudad de Badajoz, siendo hija legítima de don José, natural de Gerona, principado de Cataluña, y de doña Josefa Mayer, que lo era de Tolosa, provincia de Guipúzcoa.

Los movimientos políticos acaecidos en el año 1823 llevaron á sus progenitores á la ciudad donde vio la luz primera, y en la cual residió hasta la edad de tres años. Nuevos infortunios, tristes compañeros por lo general del talento y de la honradez obligaron á sus padres á dirigirse á esta corte, donde su situacion era precaria, y en la que amargaron doblemente su existencia tristes y desgarradores desengaños.

La noble, la inspirada artista, gloria un día de su patria, marchó en seguida á Tolosa, en cuyo punto residían á la sazón sus abuelos, emprendiendo al mes el viaje de regreso.

Poco tiempo después su buen padre, solícito por mejorar la posicion harto lamentable de su familia, se contrató de músico en un regimiento de caballería que se hallaba de guarnicion en una de nuestras provincias, quedando á cargo de su esposa el cuidado y



unos niños inocentes, sin abrigo y perseguidos por el mas cruel infortunio, y un padre bondadoso que llora lejos de su esposa y de sus hijos, la ausencia y privaciones de objetos tan queridos.

Tal era la situación de la familia Anglés en aquella época; situación amarga, llena de zozobra y sinsabores, muy parecida á otras muchas que pasan desapercibidas para la elegante, para la culta sociedad de nuestros días, que no vé la miseria, que no escucha el hórrido gemir de los desgraciados, porque vive envuelta en una atmósfera de embriagadora fascinación.

Llegó, por fin, el año de 1839. Amalia Anglés y su familia acababan de regresar de un viaje que hicieron á Santander, donde nuestra protagonista habia dado á conocer su afición á la música, ejecutando difícilísimas piezas á la guitarra, instrumento entonces de moda, sin que ningun maestro la hubiera enseñado, ni aun los rudimentos del arte; y en vista de su disposición, y á fuerza de costosos sacrificios consiguió matricularse en el Real Conservatorio de música y declamación de esta corte.

El conocido y aventajado profesor don Francisco Frontera de Valdemosa, dirigió á la joven Amalia con notable acierto, aprovechando cuidadosamente sus buenas facultades y felicísimas disposiciones para el arte, en que mas tarde habia de rayar á tanta altura.

Una no pequeña parte de la gloria alcanzada por Amalia Anglés, toca indudablemente á tan distinguido profesor, cuyo nombre es justamente apreciado. Los excelentes y numerosos discípulos que ha dado al teatro, entre los que se cuentan las señoritas Isturiz, Aparicio, Santafé, Mora, Lopez, y los señores Oliveres, Obregon y Cortabitarte, son un testimonio elocuente de su buen método de enseñanza.

Pero volvamos á la señora Anglés, que es el objeto de nuestro trabajo.

No tardó mucho tiempo la distinguida joven en corresponder á las legítimas esperanzas que habia hecho concebir á su familia, á sus maestros y amigos. Obtuvo en todos los exámenes la nota de sobresaliente, y por esta razón fué nombrada repetidora de las alumnas del Conservatorio á fines del año de 1847, teniendo al mismo tiempo la honra de que S. M. la reina madre la escogiese para profesora de sus dos hijas mayores.—Repetidas invitaciones la obligaron á asistir á las mas aristocráticas sociedades, donde recogió merecidos laureles, siendo justamente apreciada por sus virtudes, por su belleza y por su mérito artístico; tomando parte, poco despues, en alguna de las óperas que se pusieron en escena en el teatro interior del Real Palacio. ¡Singulares peripecias de la vida! ¡Estraños contrastes de la humanidad!

La pobre niña que se cobijó bajo una miserable techumbre, la que reclinó su cabeza en un humilde lecho era ya reina del mundo; la gloria circundaba sus sienes, el lujo desplegaba ante su vista sus fastuosas galas, y los mismos para quienes otros años pasó desapercibida su existencia, la buscaban con solicitud, la aplaudían con delirio y tal vez la amaban con frenesí. Pero ella buena, noble y virtuosa, ni olvidó á sus antiguos amigos, ni desmayó un instante en el acendrado amor que profesaba á sus padres y á sus hermanos. Verdadera artista, hija predilecta de Dios, guiada por el genio sublime de la inspiración, no pudieron alucinarla glorias tan pasajeras. Considerada ya como una notable profesora, cuando aun no habia cumplido 24 años de edad, marchó á Italia, cuna de la música y de la poesía, patria adoptiva de los artistas, donde alcanzó innumerables triunfos. Contratada en el teatro de la Scala de Milán, ejecutó diez y nueve noches seguidas el *Rigoletto*, tomando parte además en la *Sonámbula*, *Lucia*, *Po-liuto* y la *Giselda*, al lado de la eminente Gazzaniga. Para probar el valor artístico de nuestra compatriota bastará que traduzcamos algunos párrafos de cuanto acerca de ella digieron las publicaciones mas autorizadas de aquel país.

El *Pirata*, periódico de Turin, dijo entre otras cosas: «La prima donna Amalia Anglés de Fortuni, ha llamado extraordinariamente la atención general en *Rigoletto*.—Su voz es limpia y de grande entusiasmo; su pronunciación correcta, pura su escuela.» El *Cosmorama pintoresco* y la *Fama*, de Milán, se ocuparon tambien de una manera ventajosísima de nuestra distinguida compatriota. Por último, *El Indicador de Colonia* se expresaba en estos términos, al ocuparse en el mes de abril del año de 1838, de la señora Anglés:

«¿Conoceis, amables lectores, aquellas tres elegantes piezas de música de salon tituladas: *La pluie des perles*, *La campanella* y *La fontaine de diamants*? Seguramente habreis oido sino las tres, una de ellas al menos, quedándoos prendados de tan lindísimas composiciones. Pues bien, la buena madre Naturaliza en uno de sus bizarros caprichos ha reunido todas sus perlas y diamantes para formar con el ayuda de su fiel servidor el arte, un conjunto magnífico, y depositar este tesoro en la garganta de una amable española, cuya voz pura y argentina, cual cristalino manantial, es el reflejo de su alma.—Esta encantadora maravilla es la señora Anglés. Pocas veces ha logrado el talento de una cantatriz echar tan profundas raíces en el desigual terreno llamado público, como lo ha conseguido la linda española en la última representación de *Lucia*.

«Aquellos no eran aplausos, sino estrepitosas salvas que el auditorio entusiasmado disparaba sin interrupción, y solo cesaban para dar lugar á otras nuevas y aun mas nutridas explosiones. La cantatriz fué llamada al palco escénico dos veces consecutivas, y aun vivamente deseada la tercera, distinción raras veces concedida en este teatro. Muy pocos son los que pisando por primera vez nuestra escena y sin recurrir á los artificios del charlatanismo, han obtenido un éxito tan brillante como el que la señora doña Amalia Anglés ha sabido conquistarse con su fresca y hermosa voz. Es una verdadera artista, y no extrañamos que el Cisne de Pésaro, el inmortal Rossini, hallándose una noche en Bolognia, donde la oyó cantar en una de las mas brillantes soi-

rees, exclamara: ¡Por Dios! ¡Esto es cantar y no chillar! ¡Dacapo alondra mia!!

»En el papel de *Lucia* no tuvo la artista ocasion de demostrar las riquísimas joyas que encierra su garganta, de la cual se deslizaban las notas como un límpido arroyuelo por una alfombrada pradera.—Entre las cosas que mas nos sorprendieron, no podemos pasar en silencio un trino *sin igual* prolongado siempre en *crescendo*, que aún resuena en nuestros oídos, dejándonos en la memoria una impresión tan profunda como la que experimentaban cuantos oían los misteriosos sonidos que exhalaba la colosal estatua de Memnon, cuando la herian los primeros rayos del sol.

»Finalmente, las eminentes dotes artísticas, unidas á la simpática presencia de la señora Anglés, hacen de ella una cantatriz privilegiada.»

Despues de un juicio crítico, como el que acabamos de transcribir, hecho por autorizadísimas personas, nada, absolutamente nada debemos manifestar á nuestros lectores sobre el mérito de esta gran artista. Solo tenemos corazon para sentir un orgullo digno de encomio, puesto que nace de los triunfos alcanzados por una compatriota nuestra.

Pero la envidiable suerte que Dios tenia reservada á aquella angelical criatura, tipo perfecto de hermosura, de modestia y de virtudes, no se habia cumplido aún totalmente. Así que la señora doña Amalia Anglés finalizó los compromisos que tenia pendientes en varios teatros de Italia, se trasladó á París, donde fué ajustada en el de la Grande Ópera por diez meses, que debían empezar el día 1.º de noviembre de 1854, cuyo ajuste ganó por oposición, á la que se presentaron cinco artistas más de muy reconocido mérito, cantando el rondó de la *Sonámbula* en italiano, y la cavatina de la *Lucia* en francés. Componían el tribunal de aquel respetable jurado Mr. Paul, ministro de Relaciones extranjeras, el conde de Bacciochi, gran chambelan de la corte y director general de espectáculos, los célebres compositores Auber y Meyerbeer y otras muchas notabilidades del mundo científico. La victoria de nuestra compatriota fué completa, al añadir este timbre más á su honroso escudo de artista.

Terminados los diez meses, porque se habia contratado en París, se dirigió á Londres, en cuya capital residió una larga temporada: luego recorrió por segunda vez la Italia, trasladándose despues á Lisboa, donde, por fallecimiento de la reina doña María de la Gloria, no pudo tener efecto su ajuste en el teatro principal, pasando en seguida á Alemania.

Por aquel tiempo Amalia Anglés y Mayer debía ser madre. Esta nueva faz de su vida llenaba de júbilo á la tierna artista, y para que todo fuese dulzura y tranquilidad y poesía, quiso que tan supremos instantes se deslizasen entre la mas placida quietud, y se fué á habitar una linda casa de recreo en las inmediaciones de la ciudad de Stuttgart.

Artista de corazon, Amalia Anglés gozaba con extremo en aquel retiro. Cada flor que estendia sus pétalos, cada pájaro que plegaba sus alas, posándose en su tallo, arrancaba de su corazon un tiernísimo suspiro; el blando murmullo del arroyo que serpenteaba, como ondulante cinta de plata, entre el verde follaje, absorbía su imaginación, que buscaba en aquella cadencia algo de sobrenatural: de este modo se deslizaban las horas de su vida. Algun día se vió á la tierna Amalia en el crepúsculo de la tarde, cuando el sol iba á hundirse en Occidente, doblar sus rodillas sobre la tierra y levantar los ojos al cielo, dejando escapar una lágrima. ¡Muda oración que el Supremo Señor escucharía benigno, enviándole su bendición entre el céfiro que acariciaba su larga y sedosa cabellera!

No lloraba entonces nuestra protagonista vencida por el dolor, ni la miseria; lloraba porque iba á ser madre, y porque al serlo estaba ausente la suya.

¡Madre! mágica palabra que no pronuncian nunca los labios sin que el corazon se estremezca, que dá mas luz á los ojos, y mayor y mas exquisita sensibilidad al alma.

Con efecto, el día 15 de agosto de 1858, Amalia dió á luz una robusta niña, de cuyas resultas falleció despues de nueve meses de continuos y horrosos padecimientos.

Amalia Anglés y Mayer ha muerto á la edad de treinta y un años y seis meses; se hallaba, pues, en la flor de su vida. Tal vez acariciaba en su mente lisongeras esperanzas de gloria: los triunfos que habia alcanzado eran escasísimos en comparación de los que hubiera obtenido si la muerte no descargara tan pronto sobre ella su implacable guadaña.

El arte musical, repetimos, ha perdido una de sus mejores y mas preciadas joyas; pero Amalia ha ganado la gloria eterna.

Buena hija, tierna esposa, madre dulcísima, hermana cariñosa, amiga verdadera, Amalia Anglés y Mayer era un ángel, que formará hoy coro con los querubenes que rodean al Rey de los reyes y Señor de los señores.

¡Que la tierra le sea leve!

MARIANO GELABERT Y CORREA.

REVISTA DE MADRID.

Revisto.—Llamo al público imbécil.—Me hacen diputado.—Consigo una gran cruz.—Soy senador.—Tengo el Toison.—Gobierno.—Quien bien te quiera te hará llorar.—Yo.—Las columnas mingtonias.—Sequía.—Riego (no el del himno).—Tertulias.—Cocheros.—Circo de Price.—Beso á V. la mano.

Sr. D. Ramon Real de Mendoza.

Mi querido amigo: voy á hacer otra revista de Madrid. Al comenzar me figuro que Madrid es un ejército y yo soy un general que voy á revistarle. Esto es lisongero para mí.

No está en línea de batalla, pero en cambio tiene su alcazquierda, su derecha, su centro, su vanguardia y su retaguardia, que acampa en la ribera del Manzanares.

Avanzo, pues, y recorro todos sus puntos con mi estado mayor de noticias y comentarios.

Como soy general de mentirigillas, como dicen los chicos, ó de farsa, mi escolta ha de ser cómica, porque si nó sería desagradable y el público me apedrearía, lo cual no me fuera muy grato, pues aunque no necesito del público deseo tenerle contento, porque como decía Alarcon en una preciosa novela, el público, al que logra conquistarle, le hace hombre, y genio, y notabilidad, y en queriendo el público hace á sus favoritos meter ruido y les eleva á la cumbre de la prosperidad.

Porque el público, por mas que sea un imbécil—yo se lo digo en su cara,—tiene como otros muchos imbéciles muchos elementos de que disponer, y puede en cuanto le dé la gana darme importancia y abrirme las puertas del templo de la gloria, aunque yo no lo merezca—que si lo merezco,—porque en este mundo todo es convencional, y si él y yo nos ponemos de acuerdo para proclamar que soy un talento, un verdadero genio, andando el tiempo él y yo vendremos á creerlo, y hasta llegar á los veinte y cinco años seré un jóven que inspiraré grande esperanza—por mas que yo tenga muy poca,—y trataré á algun gobernante, y me considerarán algunos generales de verdad, y algunos de los que con menos buena fé han engañado al público antes, y en fin, toda clase de hombres importantes, de manera que en cuanto cumpla los cinco lustros, me daré lustre y lograré ser diputado, y como me espreso con bastante facilidad (lo digo en confianza, en el Suizo brillo por mi elocuencia), me haré la lumbrera de nuestra tribuna, y como no conozco un poquillo la Hacienda y tengo algunas ideas de todo, me elevaré en seguida sobre los diputados de sí y de no, y volveré á serlo otra vez, y á la tercera acaso no necesite el apoyo del gobierno; acaso me elija algun distrito independiente solo por mis méritos. Aunque hay la dificultad de que soy madrileño, y los madrileños no tenemos patria ni pueblo que nos elija; pero no importa, seré siempre cunero.

Y como en estos tres períodos de mi vida habré sabido ser ministro, tendré ya una gran cruz.

Y como bajo este aspecto bullicioso y parlanchin, se encubre un fondo formal y bastante honradez y hombría de bien á los treinta y seis años, podrán si se hace alguna hornada, nombrarme senador, y entonces volveré á ser ministro con la presidencia del Consejo, porque habré sabido captarme el aprecio de mi querido público y la confianza de S. M., y entonces se casará por persuasión mia el serenísimo señor Principe de Asturias, y yo recibiré el Toison de oro y el título de duque de lo que se me antoje, y todo se lo deberé al público, al cual desde ahora le declaro que le trataré á palos, porque «quien bien te quiera te hará llorar.»

¡Con que para que no desee yo estar bien con él! Ea, público, ponme el estribo montaré sobre tu gigante espalda y te regiré con bondad como si fueras un caballo tierno de boca.

Pero vá V. á decir, querido Mendoza, que esto no es una revista de Madrid, sino una revista de mí mismo, y así es realmente, porque yo, confiado en la amabilidad de V., en lugar de revistar echándome por esas calles, he echado por esos trigos.

Y permitiéndome solo esta digresión, diré á V. que en esto he fotografiado la humanidad entera, porque el periodista que publica un artículo de fondo sobre asuntos de interés general solo se ocupa de sí mismo y puede todo reestractarse en un yo: el orador que hace un luminoso discurso que conmueve la asamblea, esté V. seguro que no ha hecho mas que hablar de sí mismo y que su discurso puede resumirse en un yo: el ministro que parece hacer la historia de la política solo dice yo; con que si periodista, orador y ministro gastan tanto tiempo y prescindan de tantas cuestiones de importancia para decir en resumen yo, no es disculpable que hable de mí un ratillo y de bromas, yo, que al fin solo soy yo y no tengo ninguno de los títulos que he mencionado, ni ninguna de las obligaciones que significan.

Y conste que aunque no pongo mas ejemplos, no por eso creo que la humanidad se componga de periodistas, oradores y ministros; deo deducir á V. que todos son iguales.

Y debo tambien hacer constar que me he entretenido un poco conmigo mismo, porque la quincena no es de las mas ricas de acontecimientos.

Aunque yo para mí no admito esta disculpa, pues siempre hay asuntos que revistar, y voy á probarlo.

¿No hay columnas mingtonias que sin llenar su misión llenan su cavidad y apestan? Si señor, suele haberlas.

¿No hay calles que se mueren de sed interin otras se ahogan con el riego? Si señor, en todos los ángulos de Madrid.

¿No hay infantes (no los consabidos) que haciendo volteretas por el Prado importunan á los que pasean inspirando lástima y fastidio con sus ejercicios gimnásticos? Si señor, todas las noches.

¿No hay gentes que se sientan por tomar el fresco formando tertulias á las puertas de las casas, ocupando la via pública é impidiendo el paso á todos? Si señor, en las calles mas aristocráticas y en las mas democráticas. (Véanse las de Alcalá, Atocha y otras de las primeras, y las de Toledo, Lavapies, Tres Peces y otras de las segundas).

¿No hay cocheros de carruajes de alquiler que prescindiendo del reglamento que los rige, forman con sus coches y cabalgaduras una cadena de inmensos eslabones no interrumpida nunca por la distancia de dos personas que está mandado exista de vehículo á jamelgo ó de jamelgo á vehículo? Si señor, en todas partes, y el pobre que quiere cruzar de una á otra acera tiene que ir á buscar el fin de estas líneas mistas de animal y vegetal.

Pues si hay todas estas faltas que recordar y estas in-

otras parecidas siempre se cometen, ¿cómo pueden faltar asuntos que llenen una revista de Madrid?

Las revistas de Madrid no consisten solo en examinar, analizar, ensalzar, censurar ó criticar al actor A, ó á la actriz B, las revistas, puesto que son de Madrid han de revistar todo y así podrán servir de algo, porque el ayuntamiento celoso y activo mas que los actores ó actrices, pondrá remedio á estos descuidos, al paso que aquellos y estas casi siempre las oyen como quien oye llover.

Porque la corporación municipal dá las órdenes mas convenientes para el bien público; pero no puede vigilar su cumplimiento en todas partes, por depender esto de agentes subalternos mas remolones y soñolientos.

Muchas veces tambien depende de la falta de castigo, porque si un cochero que dias pasados llevó á un amigo mio reciénvenido, desde la Estación del ferro-carril á la calle de la Aduana, llevándole tambien en vez de 4 rs. un busto del que murió en Santa Elena, hubiera temido un castigo, no habria cometido tamaño *desafuero*, como podria decir Camprodon si escribiera otros *Diamantes de la Corona*.

Pero dejemos por ahora estos asuntos, que son de siempre, que no quiero ocupar mi mente con ideas de cal y canto, de animales y vegetales; y además, porque estas y otras clases de abusos parece que establecen turno para constituir un mal permanente. Hablemos de otros que, por ser menos generales pueden corregirse con mas facilidad.

Las funciones del Circo de Price siguen atrayendo al público. Este espectáculo, que es un término medio entre las representaciones teatrales y las corridas de toros, se hace cada dia mas recreativo, gracias á la monotonía y constantes repeticiones con que se ameniza.

Es de notar que los señores payasos, sin respeto ninguno al público, se permiten ciertos (á su entender) chistes de acción, que son de muy mal género. En las *fantasías gimnásticas* (¡vaya unas fantasías!) que tambien llaman *cómicas*, se toman la libertad de abusar del blanco de los puntapiés, que ni siquiera me atrevo á nombrar, aunque ellos le enseñan y hasta le acarician con blandos cachetes. Esto yo entiendo que es indecoroso é inconveniente. Señores gimnastas: el centro que he indicado, no es el centro de la gracia. He dicho.

En cuanto á lo demás, atienda V.: *El volteo-zingareli*.—*La silfide y el escocés*.—*Juegos indios y chinos*, que son tales para los que como chinos se dejan engañar.—*Trabajo de gracia* (sin ella).—*Idem en pelo*.—*Trabajo* non ó *sin par*.—*Qui va et qui vient*, trabajo sorprendente.—*Un paseo en Florencia*. Total: igual. Es decir, todos los dias lo mismo, y variedad: cero. ¿Y es este, señor Price, el modo de corresponder al favor del público? ¿Cree V. de veras, que el trabajo sorprendente sorprende? Pues no señor; y puede V. estar seguro, de que los caballos rusos, Kleboff y Ladoga, contentan á los espectadores mas que toda su tropa de gimnastas.

Basta por hoy, señor Price, y dé V. mas variedad al espectáculo, porque si no el público se cansará de ir á que le arrojen arena sin divertirse. ¿Y la Irma? ¿Y los hermanos Mariani?...

El último suspiro de la quincena coincidió con el dolor que exhaló la señora Holle al sufrir un latigazo que el tino del Monsieur aquel que es centro de la circunferencia ecuestre, dirigió á la infeliz.

Tambien la verbena del Cármen daba fin al tenerle la quincena, legando á sus aficionados en su testamento los consabidos *torraos y pasas*, las *macetas de albaca*, los *silbatos de cristal* y demás artículos que V. sabe.

Ya comenzaban á ausentarse de ésta en direccion á los puntos en que ha de notarse totalmente el eclipse los hombres estudiosos que van á buscar la luz en las tinieblas, los curiosos que van á contemplar este espectáculo como otro cualquiera, y aun alguno que ni es estudioso ni curioso y que, según relacion de un amigo mio, decia dias pasados al tomar el billete del ferro-carril:—Yo con pretexto del eclipse voy á eclipsarme de mi mujer unos cuantos dias.

Al llegar á este punto, vá V. á creer, Mendoza, que lo dicho no es sino una parte de la revista; pues no señor, es el todo de ella, porque, créalo V., no ha acontecido nada de notable en el período que queda revistado, á no ser que la revista, en lugar de hablar de lo importante ó de los desvarios del revistero, sea una gran gaceta que hable de todo lo que ocurre de interés, ó no, como anunciar mi salida de Madrid; mi llegada á la Granja; que ayer se pegaron de cachetes dos chicos en la Red de San Luis; que luego se averiguó que no eran chicos, sino mozos de cuerda (rectificación importante); que antes de ayer se prestó tanto dinero por el Monte de Piedad; que dias pasados falleció Lorenzo Lopez, honrado zapatero, que vivia en la calle de Ministriales, y era muy querido de todos sus parroquianos; que el 20 hizo en esta corte un calor asombroso, según supimos el 21 al enterarnos de que el termómetro Reamur señaló 35 grados sobre cero, como decia *El Curioso Parlante*; y en fin, se llene de noticias de este calibre.

Hecha esta aclaración, repito á V. que no ocurre nada, y beso á V. la mano.

J. A. LOREN Y LA HOZ.

LETRILLA.

Dicen que doña Bibiana
en novenas y sermones
ocupa tarde y mañana
rezando sus oraciones.
Semejantes devociones.

mucho dan en qué pensar,
pues como dice el vocablo,
á veces suele quedar
detrás de la cruz el diablo.

Entre hipócritas manejos
observad á don Ginés,
que es pródigo... de consejos,
y tipo de avaros es.
Por su bondad hay despues
quien, como si santo fuera,
verle anhelára en retablo,
yo le miro cual si viera
detrás de la cruz el diablo.

Por diferente camino
llega el insigne don Diego,
siempre hablando del destino
y de pasiones, con fuego.
Le oíreis detestar el juego
y el juego le dió doblones.
Contempladle, yo no hablo,
pues os dirán sus facciones:
detrás de la cruz el diablo.

Advertid ese que viene
con dulce y grata sonrisa
que á su despecho sostiene
su rostro en cuanto os divisa;
es su condicion precisa
la humildad con que saluda,
mas siempre os guarda un venablo
que le prepara sin duda
detrás de la cruz el diablo.

Oye, pues, lector, mi voto:
guárdate de ese candor
del humilde y del devoto,
del vicioso adulator,
que hipócrita, engañador,
es el carácter en todos,
y dí á tu vez: Guarda, Pablo,
que está por diversos modos
detrás de la cruz el diablo.

RAMON REAL DE MENDOZA.

PASCUAL BRUNO.

Por A. Dumas.

(Continuacion.)

V.

Apenas habia transcurrido un año desde los acontecimientos que hemos referido en el capítulo anterior, y ya por la Sicilia toda, desde Mesina á Palermo, de Cefalu al cabo Pasaron, corria el rumor de las hazañas del bandido Pascual Bruno. En los países en que la mala organizacion de la sociedad tiende siempre á repeler al fondo lo que en el fondo nace, y en que el alma carece de alas para levantar el cuerpo, una cabeza superior es una desgracia para un nacimiento oscuro; como siempre propende á salir del círculo político é intelectual en que le ha encerrado la casualidad, como camina sin cesar hácia un fin del cual le separan mil obstáculos, como ve constantemente la luz y no está destinado á alcanzarla, comienza por esperar y acaba por maldecir. Entonces se rebela contra la sociedad para la cual ha hecho Dios dos partes tan ciegas, una de felicidad y otra de padecimientos; se subleva contra esta parcialidad y se erige por su propia autoridad en defensor del débil y enemigo del poderoso. Por eso el bandido español y el italiano son tan poéticos y populares: en primer lugar, alguna grave desgracia le arroja fuera de la vía común, y despues su puñal y su carabina tienden á restablecer el equilibrio divino falseado por las instituciones humanas.

No causará, pues, extrañeza que con sus antecedentes de familia, su carácter aventurero, su astucia y su fuerza extraordinaria, hubiese Pascual Bruno llegado á ser lo que queria ser. Se habia constituido en juez de la justicia, si es lícito hablar así; por toda la Sicilia, y especialmente en Bauso y sus cercanías, no se cometia arbitrariedad ninguna que se libertara de su tribunal, y como casi siempre sus fallos recaían sobre los fuertes, tenia á favor suyo todos los débiles. Así es que cuando un rico imponia un arriendo exorbitante á un pobre labrador, cuando por la codicia de una familia estaba á punto de deshacerse un matrimonio, cuando una sentencia inicua iba á herir á un inocente, Bruno tomaba su carabina, soltaba cuatro perros corsos que formaban su cuadrilla, montaba en un caballo de Val de Noto, semi-árabe y semi-montañés como él, salia de la pequeña fortaleza de Castelnuovo que era su residencia, iba á buscar al rico, al padre ó al juez, y el arriendo se rebajaba, el matrimonio se hacia, el preso recobraba su libertad. Fácil será comprender que todos estos hombres, protegidos suyos, le estaban agradecidos, y que toda empresa dirigida contra él se estrellaba, gracias á la vigilancia de los aldeanos que le advertian el peligro con señales convenidas.

Además comenzaban á circular voces muy extrañas, por que cuanto mas sencillos son los hombres, mas dispuestos se hallan á creer lo maravilloso. Se decia que en una noche de tempestad en que toda la isla habia temblado, Pas-

cual Bruno habia hecho con una bruja el pacto de ser invisible á cambio de su alma, de poder trasladarse en un momento de un extremo de la isla al otro, y de no poder ser herido por el plomo, el hierro ó el fuego. Decíase que el pacto habia de durar tres años, porque Bruno solo lo habia suscrito para cumplir una venganza. En cuanto á Pascual, lejos de desvanecer estas sospechas, comprendia que le eran favorables y procuraba darles consistencia. Sus multiplicadas relaciones le habian proporcionado medios de hacer creer en su invisibilidad, poniéndole al corriente de circunstancias que debian serle desconocidas por los medios comunes. La velocidad de su caballo, con cuyo auxilio se encontraba por la mañana á grandes distancias de los parajes donde le habian visto por la tarde, habia convencido de su facultad locomotiva; por último, una circunstancia de que habia sacado partido con la habilidad de un hombre superior, no habia dejado duda alguna acerca de su invulnerabilidad. Héla aquí:

La muerte de Cayetano habia hecho mucho ruido, y el príncipe de Carini habia dado órdenes para que el asesino fuese habido, lo cual ofrecia buen juego á los que le perseguían por la audacia de su conducta. En su consecuencia, habian transmitido órdenes á sus agentes, y el jefe de la justicia de Spadafora fué avisado de que Pascual Bruno habia pasado por el pueblo durante la noche para ir á Divieto. En las dos noches siguientes apostó hombres en el camino para prenderle á su regreso.

Cansados de haber estado en acecho las dos noches, los milicianos se reunieron en la mañana del tercero, que era domingo, en un meson situado á veinte pasos del camino. Estaban almorzando cuando les anunciaron que Pascual Bruno bajaba con tranquilidad la montaña á la parte de Divieto. Como ya no les quedaba tiempo de emboscarse aguardaron donde estaban, y cuando le vieron á cincuenta pasos se formaron en línea. Bruno advirtió los preparativos de ataque sin aparentar cuidado; y en lugar de retroceder, lo cual le hubiera sido fácil, emprendió el galope continuando su marcha. Cuando los milicianos vieron cuál era el intento de Pascual, prepararon sus armas, y al pasar delante de ellos le hicieron una descarga general; pero ni el caballo ni el jinete cayeron, saliendo sanos y salvos del torbellino de humo que los envolvió. Los milicianos se miraron unos á otros moviendo la cabeza, y fueron á contar al jefe de la justicia de Spadafora lo que les habia sucedido.

El rumor de esta aventura circuló aquella misma tarde en Bauso, y algunas imaginaciones, mas activas que las otras, comenzaron á creer que Pascual Bruno estaba hechizado y que las balas se aplanaban al herirle. Al dia siguiente esta creencia quedó confirmada con una prueba irrecusable: se encontró colgada á la puerta de la casa del juez de Bauso la chaqueta de Pascual Bruno con trece agujeros y con trece balas aplastadas en los bolsillos. Algunos desprecupados, y entre ellos César Alletto, notario de Calvaruso, á quien debemos estos pormenores, sostuvieron que el bandido mismo, milagrosamente salvado de la descarga, y queriendo aprovechar esta circunstancia, habia colgado su chaqueta en un árbol y le habia disparado los trece tiros cuyas señales tenia; pero la mayoría creyó en el hechizo, y el pavor que inspiraba Pascual Bruno se acrecentó considerablemente. Tan grande era este temor, y tan convencido estaba Bruno que de las clases inferiores se habia transmitido á las superiores, que algunos meses antes de la época á que hemos llegado, habiendo necesitado para uno de sus actos filantrópicos (se trataba de reedificar un ventorrillo incendiado) doscientas onzas de oro, se habia dirigido al príncipe de Butera para pedirselas prestadas, indicándole el parage de la montaña en que podia enterrarlas. En el caso de no ejecutarlo, Bruno advertia al príncipe que quedaba abierta la guerra entre el rey de la montaña y el señor de la llanura; pero que si el príncipe le hacia el préstamo, las doscientas onzas de oro le serian devueltas de la primera suma que arrebataste al real tesoro.

El príncipe de Butera era uno de esos tipos que abundan poco en nuestras épocas modernas; era un resto de la vieja aristocracia siciliana, aventurera y caballeresca como aquellos normandos que fundaron su constitucion y sociedad. Llamábase Hércules, y parecia cortado por el modelo de su antiguo patron. Mataba á un mal caballo de una puñada; rompía en su rodilla una barra de hierro de media pulgada de grueso, y torcia un peso-duro. Un suceso en que dió pruebas de sangre fria, le habia hecho el idolo del pueblo de Palermo: En 1770 habia faltado el pan en la ciudad, á consecuencia de lo cual hubo un motin. El gobernador habia apelado á la *última ratio*; la artillería estaba asendada en la calle de Toledo, el pueblo marchaba sobre la plaza, y el artillero, mecha en mano iba á disparar, cuando el príncipe de Butera se sentó en la boca del cañon como si fuera una butaca, y dirigió al pueblo un discurso tan elocuente y racional, que todos se retiraron, y el artillero, la mecha y el cañon volvieron vírgenes al arsenal. Pero no solamente á esto debia su popularidad.

Todas las mañanas iba á pasearse al terrado que dominaba la plaza de la Marina, y como al amanecer las puertas de su palacio se abrian para todos, encontraba siempre un numeroso concurso de pobres; para esta diaria expedición llevaba un gran chaleco de piel de gamo, cuyos inmensos bolsillos debian llenarse todas las mañanas por su ayuda de cámara con carlinos y medios carlinos, que desaparecian hasta el último, con cierto modo de ejecutarlo y de espresarse, que le era peculiar, de tal suerte, que siempre parecia dispuesto á dar de golpes á los que se le acercaban, acabando por darles limosna.

—¡Escelentísimo señor, decia una pobre muger rodeada de familia, compadeceos de una pobre madre con cinco hijos!

—¡Vaya una razon! respondia el príncipe iracundo: ¿soy yo su padre acaso?—Y un ademán amenazador dejaba caer en su delantal un puñado de monedas.

—Señor príncipe, decia otra, no tengo que comer.

—¡Imbécil! respondía el príncipe, dándole una puñada; ¿hago yo por ventura pan? Vete á la tahona (1).

Así es que cuando el príncipe pasaba por las calles, todas las cabezas se descubrían, como cuando el señor de Beaufort pasaba por los mercados; pero mas poderoso aun que este, con solo una palabra se hubiera hecho rey de Sicilia; nunca le ocurrió esto, y siguió siendo príncipe de Butera, lo cual bien valía otro tanto.

Sus liberalidades, sin embargo, habían hallado un censor y en la casa misma del príncipe: ese censor era el cocinero. Debe comprenderse que un hombre del carácter que hemos intentado describir, debía sobre todo aplicar á sus comidas aquel lujo y magnificencia que le eran tan naturales; por eso tenía literalmente mesa abierta, y todos los días contaba con treinta convidados lo menos, entre los cuales siete u ocho le eran siempre desconocidos, al paso que otros se sentaban, por el contrario, á la mesa, con la regularidad de unos abonados á mesa redonda. Había entre estos últimos cierto capitán Altavilla que había ganado las charreteras siguiendo al cardenal Ruffo de Palermo á Nápoles, y que había vuelto de Nápoles á Palermo con una pensión de mil ducados. Por desgracia, el capitán tenía el defecto de ser algo jugador, lo cual hubiera hecho su sueldo insuficiente para sus necesidades, á no haber encontrado dos medios con cuya ayuda su paga constituía la parte menos importante de sus rentas: el primero de estos medios, y este como hemos dicho, estaba al alcance de todos; el primero de estos medios, decimos, era la comida diaria en casa del príncipe, y el segundo consistía en meterse religiosamente en el bolsillo, al levantarse de comer, el cubierto de plata. Este manejo duró algún tiempo sin que se observara la sustracción diaria; pero por muy surtidos que estuviesen los aparadores del príncipe, se comenzó á notar en ellos algunos claros. Las sospechas del mayordomo recayeron al punto sobre el Santa-fede (2); lo espió, y una vigilancia de dos ó tres días bastó para trocar sus sospechas en certidumbre. Avisó al príncipe, y este reflexionó un momento lo que debía hacer; después dijo que mientras se contentara el capitán con su cubierto no se hiciera caso; pero que si se metía en el bolsillo los de sus vecinos, vería entonces de tomar una resolución. En su consecuencia, el capitán Altavilla siguió siendo uno de los huéspedes mas asiduos de S. E. el príncipe Hércules de Butera.

Hallábase este último en Castrogiovanni donde tenía una hacienda, cuando le llevaron la carta de Bruno; la leyó y preguntó si el mensajero aguardaba respuesta. Le dijeron que no, y se metió la carta en el bolsillo con la misma sangre fría que si fuera una epístola ordinaria.

Llegó la noche fijada por Bruno: el paraje señalado estaba situado en la falda meridional del Etna, cerca de uno de aquellos mil volcanes apagados que deben su llama de un día á su llama eterna, y cuya existencia efímera ha bastado para destruir ciudades. Llamábase el que nos ocupa Montebaldo; pues debe saberse que cada una de aquellas terribles colinas ha recibido un nombre al salir de la tierra. A diez minutos del camino de su base se elevaba un árbol colosal y aislado, denominado el *Castaño de los cien caballos*, porque alrededor de su tronco que tiene ciento setenta y ocho pies de circunferencia, y debajo de su espesura que forma por sí sola un bosque, se pueden cobijar cien ginetes con sus monturas. Al pie de este árbol venía Pascual á buscar el depósito que debía serle confiado. En su consecuencia, partió á las once de Centorbi y á las doce de la noche comenzó á ver el árbol gigantesco alumbrado por la luna, y la casita construida entre los diferentes troncos del vegetal, y que sirve para encerrar la inmensa cosecha de sus frutos. A medida que se acercaba, Pascual creía distinguir una sombra de pie y arrimada á uno de los cinco troncos que chupan su savia de una misma raíz. La sombra tomó cuerpo; el bandido se detuvo y armó su carabina gritando:

—¡Quién vive!

—¡Un hombre, pardiez! dijo una voz fuerte; ¿has creído acaso que el dinero podía venir solo?

—No, replicó Bruno; pero no hubiera creído que el que lo ha traído fuera bastante osado para aguardarme.

—Entonces no conocías al príncipe Hércules de Butera.

—¡Cómo! ¿vos mismo, monseñor? dijo Bruno echándose la carabina sobre el hombro y adelantándose con el sombrero en la mano.

—Sí, yo mismo, perillan; yo soy quien ha creído que un bandido podía necesitar dinero como cualquiera otro, y no



—Pues, señor, este cráneo, es el cráneo de Yorick, el bufon del rey.

he querido cerrar mi bolsillo al bandido. Solo que he tenido el capricho de traerlo yo mismo, para que el bandido no creyera que lo daba de miedo.

—V. E. es digno de su fama, dijo Bruno.

—¿Y tú, eres digno de la tuya? respondió el príncipe.

—Según la que de mí hayan formado ante V. E., porque debo tener mas de una.

—Vamos, prosiguió el príncipe; veo que no careces de ingenio y de resolución; me gustan los hombres de corazón en cualquiera parte donde los encuentre. Escucha: ¿quieres trocar ese traje calabrés por un uniforme de capitán para hacer la guerra á los franceses? Yo me encargo de levantarte una compañía en mis tierras y de comprarte las charreteras.

—Gracias, monseñor, gracias, dijo Bruno; vuestra oferta es la de un príncipe magnífico, pero tengo cierta venganza que satisfacer y que me detiene por algún tiempo en Sicilia; después veremos.

—Bien está, dijo el príncipe, eres libre; pero créeme; harías muy bien en aceptar.

—No puedo.

—Entonces, hé aquí el bolsillo que me has pedido; vete al diantre y procura no venir á que te ahorquen á la puerta de mi palacio (1).

Bruno tanteó el peso de la bolsa.

—Esta bolsa es muy pesada, monseñor, me parece.

—Es porque no he querido que un tuno como tú se alabase de haber fijado una cantidad á la liberalidad del príncipe de Butera, y en vez de las doscientas onzas, he puesto trescientas.

—Cualquiera que sea la suma que os haya complacido traerme, monseñor, os será devuelta con fidelidad.

—Doy y no presto, dijo el príncipe.

—Y yo pido prestado ó robo, pero no mendigo, dijo Bruno. Tomad vuestro bolsillo, monseñor; me dirigiré al príncipe de Vintimille ó de la Católica.

—Pues bien, sea como quieras, dijo el príncipe. Nunca he visto bandido mas caprichoso que tú: cuatro perillanes de tu especie me harían perder la cabeza; por lo mismo me voy. ¡Adios!

—Adios, monseñor, y santa Rosalía os guarde.

El príncipe se alejó con las manos metidas en los bolsillos de su chaleco de piel de gamo, y silbando su canción favorita. Bruno se quedó parado, mirándole marchar, y solo después de haberle perdido de vista se retiró por su lado dando un suspiro.

Al día siguiente, el amo del meson incendiado recibió de manos de Ali las trescientas onzas del príncipe de Butera.

(Se continuará.)

HAMLET.

(CUENTO FANTÁSTICO DE SHAKSPEARE.)

El argumento de la magnífica tragedia, cuyo título encabeza estas líneas, lo sacó Shakspeare de la antigua historia de Dinamarca, llena de acacimientos increíbles y fabulosos, como lo están todas las que abrazan épocas tan remotas.

En ella se dice que Rorico reinó en Dinamarca desde los años 3370 hasta 3390. Le sucedió Horvendilo, su yerno, príncipe de gran valor, que se había hecho famoso por la victoria que obtuvo sobre Colter, rey de Noruega, á quien mató en singular combate; pero Horvendilo reinó poco tiempo, porque movido su hermano Fengo de envidia y ambición, le quitó la vida alevosamente, casándose después con su cuñada Geruta, hija de Rorico, valiéndose para rendirla á su voluntad de astucias y amenazas.

Hamlet, hijo de Horvendilo y Geruta, deseando vengar la muerte de su padre, se fingió loco para disimular mejor sus designios, bien que no pudo ocultarlos de tal manera que su tío no llegase á sospechar que la demencia que mostraba era ficción. Para aclarar sus dudas hizo que una hermosa joven fuese á un bosque donde Hamlet pasaba algunas horas del día y hablase con él, esperando que al verla depondría toda disimulación, y daría lugar á que notasen sus palabras y acciones los que debían ocultarse en la espesura y presenciar el suceso; pero ya fuese que alguno le advirtió de antemano ó que su prudencia se lo sugiriese, Hamlet no dió señal alguna de juicio mientras se entretuvo con la doncella.

Malograda esta tentativa, pensó el rey en otra que le salió mucho peor. Ausentóse de la corte por algunos días, y dispuso que Anatolio, confidente suyo, se ocultase en el cuarto de la reina, para que cuando Hamlet fuese á visitarla le observara cuidadosamente. Vino en efecto el príncipe y empezó á hacer locuras como acostumbraba, meneando los brazos, cantando como un gallo, y examinando todos los escondites del aposento, hasta que tropezó con el que estaba escondido entre los colchones de la cama, hirióle con la espada, sacóle arrastrando de allí, le mató, dividió el cadáver en trozos, los hizo cocer, y se los dió á comer á los puercos. Volvió después á verse con su madre, y asegurado ya de que no había espías que le oyese, la reprendió ásperamente por haberse casado con el matador de su padre, la declaró el motivo de su fingida locura y la firme resolución en que estaba de vengarse, haciéndola prometer por último que á nadie revelaría aquel importante secreto.

Viendo el rey el mal éxito de sus astucias, trató de acabar con el príncipe por cualquier medio que le viniese á mano. El homicidio de Apolonio sirvió de pretexto al rey para hacer salir á Hamlet del reino. Grandes eran sus deseos de hacerle matar, pues le consideraba hombre peligroso; pero temía el encono del pueblo que quería mucho á Hamlet, y sabía además que la reina, á pesar de todas sus faltas, no había perdido el sentimiento de amor hacia su hijo. El astuto monarca, con traza de poner al príncipe á cubierto de las investigaciones que pudieran hacerse con motivo de la muerte de Apolonio, lo hizo trasportar á bordo de una nave que iba á hacerse á la vela para Inglaterra: dos cortesanos, encargados de acompañar al príncipe, eran portadores de cartas para la corte de Inglaterra, que á la sazón era feudo de Dinamarca y le pagaba tributo: en estas cartas decía el rey que, por razones particulares que le asistían, debía darse muerte á Hamlet luego que pusiese el pie en territorio inglés; pero recelándose el príncipe alguna asechanza, apoderóse secretamente de las cartas una noche y habiendo borrado con destreza su nombre, puso en su vez el de los dos cortesanos que tenían á su cargo su custodia, y habiendo vuelto á sellar los pliegos, volvió á colocarlos en su lugar. Poco tiempo después la nave fué acometida por unos piratas, y Hamlet, deseoso de dar muestras de valor, saltó solo espada en mano al abordaje del bajel enemigo, mientras que los suyos se alejaban cobardemente abandonándose á su suerte, y que los dos cortesanos se daban prisa en arribar á Inglaterra con las cartas que contenían su sentencia de muerte, la cual sobradamente habían merecido.

Los piratas que tenían al príncipe en su poder se mostraron enemigos generosos, y sabiendo quien era su cautivo le desembarcaron en el puerto de Dinamarca mas cercano, esperando que mas adelante se ofrecería al príncipe ocasión de manifestarles su agradecimiento. Hamlet escribió luego al rey dándole parte de los raros accidentes que volvían á traerle á su patria, y le anunció que el día si-

(1) Para mayores detalles sobre tan singular personaje, véanse los recuerdos tan ingeniosos y divertidos de Palmieri de Mieciché.

(2) Llamábase Santa-fede á los que habían seguido al cardenal Ruffo en la conquista de Nápoles.

(1) En Palermo las ejecuciones se hacen en la plaza de la Marina, frente á la puerta del palacio de Butera.

guiente se presentaría ante S. M. Pero en cuanto hubo llegado se ofreció á sus ojos un triste espectáculo.—Eran los fúnebres honores de la joven y hermosa Ofelia, cuya razon habia comenzado á ofuscarse en la época de la muerte de su padre Apolonio, afectándose tanto con el pensamiento de que moria de muerte violenta y de mano del príncipe, á quien queria con tan entrañable afán, que no tardó en manifestar todos los síntomas de una locura confirmada.

Andaba repartiendo flores á las damas de palacio diciendo que eran para el entierro de su padre, cantaba canciones sobre la muerte y el amor, y proferia á veces palabras que carecian de sentido, cual sino conservase ningun recuerdo de lo que le habia sucedido. Habia un sáuce que se inclinaba sobre cierto arroyo, cuyas aguas reflejaban su follaje; un día burlando la vigilancia de sus guardias, vino Ofelia al arroyo cargada de guirnaldas que habia tejido con margaritas, ortigas, flores silvestres y hiervas, y habiendo querido subir al árbol para colgarlas en él, rompióse la rama en que se apoyaba, y cayó al arroyo con sus guirnaldas y cuanto llevaba consigo. Durante algun tiempo sus vestidos la sostuvieron sobre el agua, en la cual flotaba cantando varios fragmentos, cual si hubiese sido insensible al peligro de su posicion ó como si se hallase en su natural elemento; pero aplomándose la ropa con la humedad que iba penetrándola, el peso de su vestido arrastró á esta desgraciada criatura al fondo de las aguas, y la muerte interrumpió sus dulces cantares.

Hallábase su hermano Leartes ocupado en tributarle los últimos obsequios, en presencia del rey, de la reina y de toda la corte cuando llegó Hamlet.

Ignorando de pronto á quien lloraban, mantúvose algo desviado por no interrumpir la ceremonia: vió esparcir flores sobre el féretro como era costumbre en los funerales de las doncellas, y oyó que la reina las derramaba diciendo: «¡Vayan flores sobre esta flor! Amable y tierna joven, siempre pensé adornar tu lecho nupcial, como compañera de mi hijo Hamlet: pero nunca tu sepultura.»

Entonces se presentó Hamlet con todos los trasportes de su desesperacion y revelando sus facciones el dolor y pesar que sentia por la muerte de su querida.

Al día siguiente debian abrir la huesa.

Muy de mañana se hallaban ya Hamlet y su amigo Horacio en el cementerio. Hamlet dirigió algunas palabras á los sepultureros que cavaban la huesa, y estos le contestaron con chanzas no muy propias del caso ni del sitio. Uno de ellos iba contando la historia de cada una de las personas cuyos cráneos iba descubriendo. Hamlet estaba triste y meditabundo, cuando uno de los sepultureros le presenta un cráneo y le dice:—¡Mala peste en él y en sus travesuras!... Una vez me echó un frasco de vino del Rhin por los cabezones... Pues, señor, este cráneo, es el cráneo de Yorich, el bufon del rey.

En aquel instante empezaron á comparecer los que deseaban presenciar el entierro. El hermano de Ofelia que se hallaba entre ellos espresó sus deseos de ver florecer violetas sobre aquella tumba y arrojándose á la huesa como un demente, dijo á los asistentes que echasen encima montones de tierra, y le sepultasen con Ofelia. Estas demostraciones avivaron en el corazon de Hamlet todo su amor hacia tan desdichada criatura, y no pudiendo sufrir que un hermano manifestase tales arrebatos de dolor, cuando él creia amar á Ofelia mas que todos los hermanos del mundo, se arrojó en la hoya donde ya estaba Leartes, tan furioso ó quizás aun más que él. Viendo Leartes á Hamlet y sabiendo que era causa de la muerte de su padre y hermana, cogióle con gran fuerza por la garganta y hubo que separar á los dos mozos. Terminada la ceremonia, escusóse Hamlet de la precipitacion con que se habia tirado á la huesa, cual si hubiese querido desafiar á Leartes: dijo que no habia podido sufrir que nadie manifestase mas pesadumbre que él por la muerte de Ofelia, y por de pronto parecieron quedar ambos reconciliados.

Pero el rey, este perverso tío de Hamlet, resolvió sacar partido del dolor y resentimiento de Leartes, y le escitó con dañado intento á que propusiese á Hamlet un asalto de armas como prenda de su reconciliacion. Habiendo aceptado el príncipe, señalóse día, concurriendo toda la corte á este simulado combate, para el cual Leartes, siguiendo los consejos del rey, preparó un florete envenenado con el zumo de ciertas yerbas. Hicieronse grandes apuestas sobre el resultado de este asalto, porque tanto Leartes como Hamlet eran tenidos por muy aventajados en el arte de la esgrima. Tomando Hamlet los floretes, eligió uno sin sospechar la negra traicion de Leartes y sin notar que este en vez de un florete con boton, se servia de otro aguzado y con ponzoña. Al principio Leartes no hizo mas que jugar con Hamlet: dióle aún



Baños de Alhama.

ciertas ventajas que el pérfido rey alabó y ponderó fuera de medida, bebiendo á la salud de Hamlet y haciendo considerables apuestas á favor suyo; pero á poco acalorándose Leartes tiró una terrible estocada á Hamlet y con su arma envenenada le causó un golpe mortal. Irritado Hamlet, pero no conociendo aún toda la estension de aquel criminal amañ, trocó en la pelea su arma inocente con la de Leartes y dándole á su vez con su propia espada, le castigó con su misma traicion. En aquel instante exclamó la reina que estaba envenenada, pues por un descuido habia bebido en una copa que el rey destinaba á Hamlet para el caso de que con el calor del ejercicio pidiese de beber; y á fin de que el príncipe no pudiese escapársele si Leartes erraba el tiro, el miserable Claudio habia echado en la copa un mortal veneno; pero como hubiese olvidado de indicar á la reina la copa destinada á Hamlet, bebió de ella, y espiró en el acto, manifestando sospechas de morir envenenada. Temiendo Hamlet alguna traicion, mandó cerrar las puertas: Leartes le dijo que no se cansase en averiguaciones, que él era el culpable, y conociendo que su vida escapaba por la ancha herida recibida de Hamlet, hizole confesion de su perfidia y le esplicó de qué manera se encontraba víctima de sí mismo, declarando que la punta del florete estaba envenenada y añadiendo que no le quedaba á Hamlet mas que media hora de vida, pues no habia remedio en lo humano que pudiese salvarle; pidióle despues perdon y espiró acusando al rey como autor de todo el mal. Comprendió Hamlet que se acercaba su fin, y arrojándose de improviso sobre su tío, clavóle en el corazon la espada en cuya punta quedaba aun ponzoña, dando con esto cumplimiento á la promesa que habia hecho á la sombra de su padre, que se le habia presentado diferentes veces clamando venganza, y dejando vendada su muerte en la persona del homicida. A la sazón Hamlet sintiendo desfallecerse y que la vida le dejaba por momentos, se dirigió hacia su amigo Horacio, testigo de esta escena, y como Horacio hiciese ademán, indicando que queria darse muerte para acompañar á Hamlet á la tumba, rogó el príncipe con voz apagada que viviese para contar al mundo su historia, movido de cuyas instancias le prometió Horacio hacer de ella una cabal y exacta relacion, puesto que sabia todos sus pormenores. Satisfecho de este modo el noble corazon de Hamlet, quebrantóse en fin, y Horacio acompañado de todos los asistentes, recomendó llorando el alma de su amado príncipe á la custodia de los ángeles, pues la benevolencia y dulzura de carácter de Hamlet, así como sus nobles y brillantes cualidades, le habian merecido el amor y respeto general; y es seguro que de haber vivido, hubiera ceñido con honor y gloria la corona de Dinamarca.

E. COMAS Y SOLER.

SOLEDAD.

(Conclusion.)

II.

Tras de una de las mesas de un café de la coronada villa se veia medio recostado y negligente, fumando un puro y contemplando una taza de café y una copa de rom, al amante de Soledad, á Andrés, recordando una por una todas las escenas que habian tenido lugar en su nuevo amor con So-

espacio, tiempo, no existe tampoco.

Andrés sufría el estertor de la ambicion, y le sufría precisamente por la escepcion de las causas por las cuales se daña la parte moral. Esta en la juventud, se daña por dos causas principales: ó por los consejos de las familias ó por los desengaños.

Pero al llegar aquí, pareceme que llegan á mis oídos voces descompuestas de severos papás, que me gritan iracundos:—¿Cómo tiene V. valor de decir que nuestros consejos dañan la parte moral de nuestras mas queridas personas? ¿Qué atrevimiento escandaloso es este? Buen libertino será V.

Sí, os lo digo, queridos papás y mamás, aunque me llevenis de improprios injustos, que yo sufro con la misma mansedumbre evangélica que Jesus sufría una bofetada en su mejilla, presentando la otra para que hicieran lo mismo en ella. Vuestros consejos utilitarios dañan la parte moral de vuestras mas caras afecciones, porque desde luego las inoculais vuestras ideas egoistas, queriendo que calculen en los negocios de amor con la misma ambicion y sangre fria que vosotros calculais en una especulacion ó granjería para ver si podeis sacar por ella en lugar de dos, doscientos. Y tanto aconsejais, que al fin conseguis lo que os agrada. Calculan, piensan, reflexionan, echan sus cuentas de aritmética, y en vista de estas suprimen el corazon como un artículo de lujo, precisamente para alcanzar otros artículos de lujo exteriores, y desde este momento la parte moral de vuestras mas queridas personas está dañada, y el cielo de su corazon oscuro quizás para siempre. Si alguna vez aparece en él alguna luz, esta luz es triste, fatídica, criminal. Es como la luz opaca de una linterna mágica que alumbra los subterráneos de un castillo ó de una cárcel para inmolarse en accion criminal á un desgraciado.

Mas cuando se daña la parte moral de la juventud es cuando existen desengaños terribles que vienen á dejar el corazon en el mismo estado que le dejan los consejos familiares. Existe, sin embargo, una diferencia notable: los desengaños en el corazon solo dejan recuerdos punzantes de amores desgraciados, creando al mismo tiempo una ambicion bastarda, mientras que los consejos de familia encienden por un lado la ambicion y por otro el deseo de satisfacer cumplidamente en periodos exuberantes de amor, de sávia y de vida, ilusiones y sueños purísimos de amor, porque forzoso es decirlo, el amor necesita de ilusiones, como la inteligencia necesita de creencias.

Pero Andrés no tenia ambicion ni por los desengaños ni por los consejos. Su vida se habia deslizado mansamente cual arroyuelo entre verde follaje, pero yendo encaminado ese arroyuelo á ese gran océano que se llama gloria.

Andrés queria elevarse, figurar y vivir en medio de las grandezas y de las miserias del poder, y por esto todos sus planes y pensamientos iban encaminados á una idea superior ante la cual hacia doblar imperiosamente todas las demás ideas, todas sus afecciones, creencias y sentimientos. Hé aquí por qué al recordar estando tras de la mesa del café, que su amor hacia Soledad era un delirio que nada podia hacerle adelantar en sus planes de ambicion, porque aquella era pobre, y por lo tanto iba á ser mas bien una nueva rémora que iba á detenerle en su camino, se sonrió con esa dulzura dolorosa y placentera que debe sentirse al desprenderse el alma del cuerpo, y dijo para sí:—Nada de amores que no me convienen: olvidemos á Soledad. Yo amaré cuando quiera amar.

Y demostrando que mandaba por completo en sí, apuró

de una vez su copa de rom al mismo tiempo que se acercaban á la mesa y tomaban asiento enfrente y al lado de Andrés unos cuantos amigos suyos. Nada hay mas distraído á la par que inocente en las grandes poblaciones, que esos pequeños areópagos de amigos de confianza sentados alrededor de una mesa oyendo las armoniosas notas de un piano que imita ó desfigura un trozo de ópera ó de zarzuela. En esas modernas tertulias se dilucidan todas las cuestiones políticas, se está al corriente de todos los acontecimientos políticos exteriores é interiores, se habla mucho, se miente mucho, se murmura mas, y la muger, ese eterno delirio de la juventud, suele ser la víctima inmolada en aras de la necesidad de charlar.

La discusion entre Federico y sus amigos giró sobre las causas, los detalles y las peripecias de una revolucion, bajo cuya impresion hablaban todos enardecidos por el espíritu patrio.

Cada cual esplanaba su sistema de gobierno con la misma facilidad que un encanecido diplomático, y siempre el clarísimo talento de Andrés arrojaba sus resplandores sobre todas las cuestiones que trataban, demostrando con razones solidísimas y con su instruccion intensa, que era, como decia su amigo Teodoro, una inteligencia prematuramente desarrollada, escondida tras de su rostro y cabeza juvenil. Y entre todos los amigos de Andrés, el que se encontraba por su colosal fortuna con mas elementos para subir al pedestal de la gloria, era Teodoro. Este, hijo único de un hacendado de provincia, tenia esa influencia inevitable que siempre tiene la riqueza en todas partes, y mucho mas en las pequeñas poblaciones, y por consiguiente Teodoro tenia su distrito natural para poder presentarse desde luego como candidato á la diputación á cortes. Las elecciones llegaron, y Teodoro, que queria entrañablemente á Andrés por su talento, quiso que se presentase este por su distrito, ofreciéndole toda su proteccion. Andrés rehusó acceder á lo que queria su amigo Teodoro, y este al mismo tiempo que se presentaba candidato por su distrito, trabajaba fuertemente en el inmediato al suyo por la candidatura de Andrés, viniendo la fortuna á coronar sus esfuerzos.

Dos meses despues de la tarde en que trataron en el café de revoluciones y de reacciones, tomaban asiento en el Congreso como diputados los dos amigos Andrés y Teodoro.

III.

Apenas habia transcurrido un año cuando el nombre de Andrés N. habia adquirido una fama inmensa como hábil político y elocuente orador, que siempre trataba todas las cuestiones bajo puntos de vista elevados é importantes, con todo el tino, talento y gravedad que le eran peculiares. Colocado siempre en la oposicion, habíase sostenido incólume y firme en sus principios, demostrando una consecuencia política que le habia valido el aprecio aun de sus mismos enemigos. De carácter firme, violento, enérgico y terrible en los momentos de la lucha, y despues pacífico y prudente, logró en una de las cuestiones importantes para el gobierno dar á este un golpe certero en el corazon, haciéndole perder una votacion parlamentaria. La dimision del ministerio siguió muy de cerca al dia del triunfo de Andrés, y entonces este fué uno de los candidatos ministeriales que entraba en hábil combinacion con otros nombres para regir los destinos de su patria.

Tres dias despues, Andrés era ministro y tomaba asiento en esa empinada poltrona que muchos hipócritas llaman lecho de Procusto, y los mas francos lecho de flores, y el ministro novel demostraba con sus proyectos y reformas económico-político-administrativas, que no habia subido á la cima del poder una nulidad sino una verdadera capacidad.

En uno de los dias que Andrés tenia destinado á recibir en su secretaría á esa turba-multa de pretendientes que nunca logran mas que medio romperse la columna vertebral á fuerza de hacer cortesías á los ministros, se presentó una jóven modestamente vestida de negro, y con su rostro hermoso y juvenil, aunque medio sombreado por ese tinte melancólico que dá la adversidad.

Esa jóven, al tender su primer mirada al ministro, exhaló un ¡ay! de sorpresa y admiracion que á su vez produjo una muda admiracion en el ministro, sobre cuya frente empezaban á condensarse recuerdos pasados.

Esa jóven era Soledad, la antigua amante de Andrés. El ministro se levantó con entusiasmo, y medio admirado y confundido con aquella aparicion, tomó una de las manos de Soledad y exclamó: ¡Oh! Soledad, Soledad, ¿me conocéis?

La antigua amante del ministro no acertaba á responder. Estaba sufriendo una de esas impresiones fuertes y trastornadoras que detienen la vibracion del corazon ó aceleran aquella por una causa justa, y el corazon de Soledad latía por tener ante sí al hombre que la habia hecho desgraciada por quererle demasiado. Habia sufrido mucho por no querer ni poder olvidarle, y por él habíase reducido á una vergonzosa miseria despreciando magníficos partidos. Repuesta algun tanto de su primera turbacion, quiso presentarse con dignidad magestuosa ante el ministro para que este no creyese que iba á recordar pasados amores para obtener algun favor ó que era una de esas mugeres que se arrastran como reptiles á los pies de los gobernantes para que estos tan solo se dignen pisarles por un momento. Soledad tranquila aparentemente contestó:—Sí, me llamo Soledad, pero quizás me confundas V. E. con alguna otra persona que tenga el mismo nombre que yo.

Andrés dirigió una mirada de asombro á Soledad. —Pero qué, exclamó el ministro, no me conocéis? ¿me habeis olvidado con mas ingratitud, que yo olvidé á V. por subir á esta atmósfera embriagadora que ya me sofoca? Soledad no pudo resistir más ante las palabras de Andrés.

—¡Oh! sí, sí que os conozco, porque os he querido y os

querré eternamente. Pero oid, oid; no quiero nada de vuestra posicion, nada. Soy pobre, ¿lo ois? pobre; pero quiero llevar mi pobreza con tanta virtud como orgullo.

—¡Oh! sois un ángel, una alma bendita. Siempre creí lo mismo, y si supiera que me apreciáis...

Soledad dirigió al ministro una mirada indecible de amor.

—¿Y decidme, decidme, exclamaba Andrés con viveza, decidme, cuál ha sido vuestra vida desde que no os veo?

—Mi vida, exclamó Soledad, desde que nació en mi pecho un amor desgraciado, ha sido bien triste. Sufrir y llorar en silencio, acordándome del único hombre á quien he querido; despreciar á todos los demás hombres que han querido acercarse á mí, porque todos he creído harían lo que V.; sufrir y llorar amargamente cuando quedé sola en el mundo por la muerte de mis padres, y desde entonces consagrarme con delirio á cuidar á mi hermano querido, á mi hermano Miguel, á darle la educacion que han permitido mis cortos recursos; y ahora que tiene diez y seis años y quiere ser militar, venia á implorar del ministro, sin saber quién era éste, una gracia para él, que ya no imploro: queria que le concediesen el grado de subteniente ó de sargento en las milicias de Cuba y marcharme con mi querido hermano á aquel punto, procurándole por este medio un porvenir seguro.

—¡Oh! sois un ángel, Soledad, tendreis lo que deseais y mucho más. Oid el partido que os propongo, porque muchas veces me he acordado de V., y no la he buscado, sin embargo, por no saber dónde podiais estar. Si me quereis, me uniré con V.; dejaré la elevada posicion en que me hallo, prestando enfermedad, y la dejaré, no obstante, de haber sido el sueño dorado de toda mi vida, para que empecemos á gozar de la feliz tranquilidad que debe tenerse lejos del mundo y de sus vanidades fascinadoras, viviendo al lado de una muger querida en el seno del hogar doméstico. Dejaré la política que mata la poesia del corazon y las ilusiones del alma, sin dar otro fruto que una desmedida ambicion que, cuando se realiza, sofoca y hasta al ver la pequeñez, la falacia y la hipocresia humana. Dejaré la política y nos retiraremos á mi pueblo, donde tengo algunas posesiones, que desde hoy son vuestras. Y en punto á vuestro hermanito Miguel, queda desde hoy bajo mi proteccion.

Soledad creia estar sufriendo un sueño fascinador y terrible, pero deliciosamente halagüeño.

—¡Oh! Gracias, gracias, exclamó Soledad, arrojándose á los pies del ministro. Yo no quiero nada, nada. Haced por mi querido hermano lo que podais y estoy contenta. Sí, contenta. Yo no puedo permitir que os unais á una pobre cual yo, porque en vuestra posicion brillante mereceis una muger, mi querido Andrés, una muger que sea mas que yo, que valga más, mucho más. Soy pobre y...

Soledad empezó á llorar amargamente. Andrés conmovido la cogió entre sus brazos, la estrechó con verdadera efusion, procuró tranquilizarla y convencerla; y un rato despues entraban ambos en el coche de Andrés, dirigiéndose á casa de éste, adonde fué conducido en seguida el hermano de Soledad.

Un mes habia transcurrido desde la escena que acabamos de pintar, cuando se verificaba modestamente el enlace de Soledad con Andrés en una capilla de Teodoro, que fué el padrino, marchando al dia siguiente los desposados en un coche particular en direccion á un pueblo de Andalucía, habiendo dejado antes en el colegio militar al hermano de Soledad, para que siguiera la carrera que mas le gustaba.

JOSÉ SUERO.

ANACREÓNTICA.

AYER, HOY Y MAÑANA.

Ayer, niña inocente, cuando en la edad temprana al corro, en el paseo con las otras jugabas, vivías en el mundo dichosa y envidiada. Mas vino con el tiempo la juventud lozana, y el amoroso fuego carbonizó tu alma. El brillo de tus ojos que rayos mil lanzaban, desapareció, dejando las huellas de sus ascuas, y el carmin, que tus labios purpúreos destilaban, quizás lo secó un beso de abrasador fantasma. Hoy, que del mundo vano te alejas espantada, no encuentras un amigo que recoja tus lágrimas; y ayer, cuando de Venus las gracias ostentabas, uncías á los hombres al carro de tu fama. ¿Cuánto dieras, Florinda, porque tu edad pasada, en el reloj del tiempo hiciese contramarcha! La experiencia es al hombre lo que el riego á las plantas, y la muger, sin ella,

es siempre desgraciada. Ayer, cuando en el Prado con las niñas jugabas, vivías en el mundo dichosa y envidiada; mas hoy, que ya conoces la sociedad mundana, no es posible disfrutes la dulce paz del alma. Un consuelo te queda, y es que vendrá mañana, y perderás los dientes para ganar las canas.

Adios las ilusiones que tu mente abrigaba... El frío de la tumba que al corazon alcanza, helará los recuerdos de tus dichas pasadas. Si no fuera por estas periódicas mudanzas, que todo lo trastornan y el sentimiento gastan, ninguno de nosotros soportaría la carga que en pago de otras culpas llevamos á la espalda. Olvida, pues, Florinda, tu juventud lozana, y piensa en los cambiantes de ayer, hoy y mañana.

JOAQUÍN M.^a DE TEJADA.

ÚLTIMOS CANTOS.

POESÍAS DE DON JUAN GÜELL Y RENTÉ.

Un tomo en 4.^o Edición de lujo. Madrid 1859.

ARTÍCULO PRIMERO.

La Isla de Cuba que, por su posicion geográfica, ocupará algun dia en el Nuevo-Mundo el lugar que la británica en el antiguo; la Isla de Cuba se levanta del seno de los mares coronada de palmas y de flores bajo el vívido sol de los trópicos, ostentándose magníficamente con la riqueza de sus producciones y con la brillante imaginacion de sus generosos hijos. Partcipe del progreso material del siglo, tuvo antes que la madre patria ferro-carriles, que cruzaron sus vírgenes bosques de cedros y de ceibas; tuvo naves que, impulsadas por el vapor, lleváran desde el cabo de San Antonio hasta la punta del Maisí los tesoros de sus frutos; tuvo hilos de hierro por donde voláran las ideas, y tuvo todos aquellos elementos de bienestar y cultura que publican la civilización de los pueblos. De esa prosperidad nacen las aspiraciones de sus habitantes, ganosos de colocarse en el puesto de honor que les corresponde en el catálogo de los que ven la felicidad en la suma perfeccion del hombre, y creen hallarla en la plenitud de conocimientos útiles al bienestar de la vida.

La inmigracion extranjera, siempre creciente; un comercio mayor y mas extendido que el de todos los pueblos españoles; la inmediacion á los libres Estados-Unidos; el trato frecuente con la multitud de hombres ilustrés en las artes y las ciencias, hombres que van á Cuba, atraídos los mas por el manantial de oro, que en fecunda vena derrama aquel venero de la abundancia y que codiciosamente explotan nacionales y alienígenas; todo esto, unido á la ávida curiosidad con que los cubanos, impresionables y crédulos, acogen las doctrinas que han dado rango á otros pueblos; todo esto, repetimos, tan decantado por la prensa extranjera y aun por la española, todo esto hace de aquel pais uno de los mas favorecidos del mundo; todo esto le prepara: ó manantiales de llanto en el dia del desengaño, ó la ventura que codician los cubanos para cuando los privilegiados de la fortuna se convengan de que no consiste el bienestar en que solo se les considere como españoles, diciéndoles que lo son, porque han nacido de padres que viven á la sombra de la bandera de Castilla; sino que teniendo en cuenta las trasformaciones porque pasa la sociedad á cada siglo que se aleja, procuren no ver en aquellos paises tan solo «tierras de conquista», sino que los consideren como parte integrante de la monarquía; parte en donde ya se han creado una patria los que fueran á colonizarla; patria en donde viven nuestros hermanos; pais que dá importancia y auge á la colectividad nacional; pais, en fin, que solo puede continuar adherido á la nacion, ó por el terror, que contiene envileciendo, ó por el vínculo del amor; del amor que, dando el oro de sus virtudes, tejerá siempre de flores el lazo que no conviene, ni á padres ni á descendientes, que se atirante y se rompa. Pero ¡cuánto no merece un pueblo que en todas las grandes calamidades de su metrópoli es el primero, y el mas espléndido en acorrerla con mano generosa! Y esto lo hemos visto en la guerra civil, en todas las desgracias que han llovido sobre España desde muchos años atrás, y aun ahora mismo. ¡Se declara la guerra al imperio de Marruecos, y solo Cuba ha contribuido con cerca de un millon de duros; brinda la sangre de sus hijos; envía algunos á representarla, y ofrece todos sus tesoros para dejar bien puesta la honra y gloria de la bandera que sombrea su territorio!

Dotados los cubanos de ese talento perspicaz de los pueblos meridionales, ven á los hijos de la península afanarse por la posesion de los destinos públicos; los ven correr, atropellando imposibles, no ya solo tras los pingüemente remunerados, sino hasta en pos de los mas insignificantes, pero que allí ofrecen las comodidades y la importancia social que no tienen en Europa; y como esos cubanos parece que no oyen con indiferencia los halagos de los eternos enemigos de nuestra patria, algun tiempo hace que se nota en la poesia, que es el primer aliento de la civilizacion en los pueblos jóvenes, cierta tendencia á la emancipacion de la literatura nacional: trátase de crear una, peculiar de aquella isla. ¡Como si la distancia que del Antiguo-Mundo la separa, y las quejas, más ó menos justas, contra los agentes del gobierno, pudieran destruir los hábitos, las preocupaciones de raza, por la heterogeneidad de las que pueblan la isla; las costumbres, fundidas en la turquesa de las españolas; el habla de nuestros abuelos, y el mas hermoso de los vínculos, el de la religion, que nos hace á todos hijos de un mismo Dios y destinados á un mismo fin! ¡Como si, además, los de la familia pudieran quebrantarse á voluntad de los que desean hacer de Cuba una nacion distinta de la de sus padres!

No, no puede existir en Cuba, ni aun en la América antes nuestra, sin que pasen muchos dias, no puede existir una literatura que no sea rama del florido árbol en que colgaron sus lirios los Garcilasos y los Herreras, los Riojas y aquellos que, traspasando los mares, cantaron el fiero valor de los araucanos; ó de los que, como Valbuena, dando á conocer la *Grandeza mejicana*, abandonaron algunas veces el báculo episcopal, pulsaron la avena y entonaron con épico acento, aunque haciendo hablar al rústico Rosanio, el canto de alabanza en que se espresa:

«Que en lo mas alto del dorado cielo
la carroza del sol, padre del dia,
sigue con ruedas de oro el claro vuelo.»

Entre los poetas cubanos que merecen el honor de ser leídos y hasta estudiados para conocer por ellos las tendencias del pais y la marcha de su civilizacion, muy pocos llegan á la

altura del coronel Zequeira, fácil en la versificación, galano en la frase, fuerte en el colorido, incorrecto en la dicción. Heredia que, proscrito, apuró cuanto hay de mentiroso en la libertad que destruye el orden proclamándose enemigo del despotismo, y el orden que mata la libertad apoyándose en las bayonetas del pueblo, como en Méjico lo vió el cantor del Niágara; Heredia, decimos, imitó en parte de lo bueno, y en mucho de lo malo, á nuestros poetas de los siglos XVI y XVII. Orgulloso de su talento dejó de ser original, pudiendo serlo, por hacer gala de su erudición clásica. Empapado estaba en la poesía de Virgilio, y cuando desencantado por no encontrar una felicidad que jamás es absoluta entre los hombres, y Heredia no la quería relativa, volvió al seno de Cuba, entonces al sentir el bajel que lo conducía *estremecido por la solemne música del Océano*, fué mas original que nunca; pero entonces, aunque vió, inspirado, que cuando se navega

«Salta la nave como débil pluma
ante el fiero aquilón que la arrebató,
y en torno, cual rugiente catarata,
hierven montes de espuma.»

aun cuando á la vista de aquellas palmas, que echaba de menos en presencia de la ingente catarata á quien cantó con robusta vena; aun cuando entonces encontró en el patrio hogar sus amigos, sus recuerdos, y de una madre el suspirado seno, ya no le quedaba sino, como á Biron, la misantropía hija de los desengaños. En vez de consagrarse á dirigir por buena senda á la juventud estudiosa, echando los cimientos del edificio que había de levantar la que hoy pugna contra el prosaismo del siglo, se entregó á la vida íntima de la familia, se consagró á llorar en secreto su marchita juventud, los desencantos que le daban, día á día, los que quieren hacer de cada hombre un héroe, cuando carecen de energía hasta para ver el suplicio del que se lanza en pos de la palma del martirio, y entonces sí que pudo decir como el que fué á lidiar por la independencia de los griegos: *Estas piedras están levantadas sobre los despojos de un amigo, el único que he conocido.* ¡El amigo era un perro!

En pos de Heredia aparecieron jóvenes como el inspirado Tolon, que también fué víctima de la política; Milanés, poeta del sentimiento, que, fácil en la composición, prosaico á menudo por demasiado amor, sin duda, á sus creaciones; Roldán, enérgico, vigoroso en la frase, pero sacrificando á veces el nervio de la idea al amaneramiento del decir; Mendive, siempre melifluido, siempre castizo, siempre tierno; Briñas, entusiasta, fogoso, espontáneo; Jimenez de Leon y Alpizar, poeta de fecunda vena y de arrebatado ingenio, pero incorrecto, incansable en sus poesías, pagado, como Fornaris, del estilo de Zorrilla, é imitadores ambos del cantor de *Margarita la Tornera*, imitadores tanto en la sonoridad de la frase como en las locuciones viciosas, y en la repetición de los pensamientos dos, cuatro, diez veces presentados con trages diferentes. Sobre todos estos, por su ingenio que no por su educación, sobresalió el mulato Plácido, que armado de noble atrevimiento, á la manera que el desnudo mancebo se presenta en el estrago de la lid, voló impávido, guiado al soplo de la gloria que alentaba su pecho, y pulsó entre los vates la áurea lira, aunque ni le inspiraba el saber ni le inspiraba el arte. En la corona poética que los habaneros dedicaron á Martínez de la Rosa cuando su ascension al poder en 1835, colocó Plácido su brillante *Siempre viva*. Pertenecía á una clase que lleva, merced á las preocupaciones sociales, el estigma de la reprobación en la frente. Por la escasez de su doctrina, por la falta de firmeza en sus convicciones morales y espirituales, creyó Plácido en la fatalidad y le dijo:

«Ciega deidad, que sin clemencia alguna
De espigas al nacer me circoste,
Cual fuente clara, cuya margen viste,
Magüey silvestre y punzadora tuna!
Entre el materno tálamo y la cuna
El férreo muro del honor pusiste,
Y acaso hasta la luna me subiste
Por verme descender desde la luna!
Sal de los antros del averno oscuro,
Sigue oprimiendo mi existir cuitado;
Y si succumbo á tu decreto duro,
Diré como el ejército cruzado,
Escalamando al mirar el rojo muro
De la Santa Salem:» ¡Dios lo ha mandado!

Comprendido Plácido, según se dijo, en una conspiración que los negros idearon contra los blancos, y acusado como instigador, se le juzgó por un consejo de guerra y fué condenado á muerte. Marchó al suplicio rezando una plegaria á Dios, plegaria que compuso en la capilla y la cual vamos á copiar en seguida, aunque temiendo que falten algunos versos, toda vez que escribimos sus documentos á la vista y auxiliados solamente de nuestra memoria, que no peca de floja. Dice así:

«Ser de inmensa bondad, Dios poderoso!
A vos acudo en mi dolor vehemente;
Estended vuestro brazo omnipotente,
Rasgad de la columna el velo odioso,
Y arrancad este sello ignominioso
Que mancha y quema sin piedad mi frente.

«Rey de los reyes! ¡Dios de mis abuelos!
Vos solo sois mi defensor, ¡Dios mío!
Todo lo puede quien al mar sombrío
Olas y peces dió, luz á los cielos,
Fuego al sol, giro al aire, al norte hielos,
Vida á las plantas, movimiento al río.

«Todo lo podeis vos, todo fenece
O se reanima á vuestra voz sagrada;
Fuera de vos, Señor, el todo es nada
Que en la insondable eternidad perece;
Y aun esa misma nada os obedece,
Pues de ella fué la humanidad creada.

«¡Yo no os puedo engañar, Dios de clemencia!
Y pues vuestra eterna subiduría

Ve al través de mi cuerpo el alma mía,
Cual del aire á la clara transparencia,
Estorbad que humillada la inocencia
Bata sus palmas la columna impia.

Téngase en cuenta que esta composición, y algunas otras, fueron escritas en la capilla. Sus últimos versos, minutos antes de salir para el palo fatal, fueron los que siguen:

«No entre el polvo de inmunda bartolina
Quede la lira que cantó inspirada,
De lirios y laureles coronada,
Las glorias de Isabel y de Cristina,
La que brindó con gracia peregrina
La siempre viva al cisne de Granada (1),
No yace en polvo, no; quede colgada
Del árbol santo de la cruz divina.»

Dijo, y á los pies del Dios de las misericordias depuso aquella pluma, arrancada á las alas de un águila, y que no llevó al suplicio porque ella, tal vez, lo conducía al cadalso.

Plácido era un genio: carecía de instrucción; leyó bastante, pero sin orden, sin método, y con aquella ligereza de los hombres de gran talento: que muchas veces los defectos nacen de las buenas cualidades. Malgastaba su fecundo éstro en innumerable fárrago de producciones dedicadas á los grandes de la tierra; adulaciones, sino hijas del servilismo de su condición, al menos de la suavidad de su carácter; de esa dulzura americana, que degenera en debilidad cuando se ejerce mal, como sucede en todos los pueblos en que se obedece, no ya solo sin replicar, sino en donde se tiene el convencimiento de que la razón del que manda está en la punta de una lanza. ¡Gracias al omnímodo poder militar, que es siempre un gran poder, como fuerte, y dura mientras no se rompe el sable!

Si Plácido hubiera dejado la isla y visitado la Europa cuando quiso hacerle viajar un admirador de su talento, alas tenía; hubiérase remontado á grande altura ilustrando su entendimiento. Pero le disuadieron de emprender una larga escursión ciertos hombres miopes condenados á morir de inanición en medio de la abundancia; ciertos hombres que tienen al poeta por un pruchinela, por un bufon destinado al divertimento de los ociosos; ciertos hombres que siempre quieren hablar, saludar, felicitar en verso, mendigando los de la musa ajena, y hacen al poeta hambriento que se envilezca adulando la insolente ignorancia de algunos poderosos, corte de titiriteros y bailarinas.

Y ¿por qué no había Plácido de llegar hasta la altura de las notabilidades europeas? Hubo en Roma un poeta que, como aquel de quien hablamos, vagaba por las calles improvisando; un hombre rico le protegió, lególe una pingüe fortuna; el poeta la consumió en orgías y placeres. Fué después á Viena, nombrado autor cesáreo; María Teresa le dió su real protección: los reyes le honraron y le colmaron de dones: «Todas las medianías», dice un historiador moderno, «solicitan de él aquellas palabras corteses que la vanidad interpreta por juicios favorables; las mugeres le dieron fama: la dulzura, base de su carácter, hizo que se le perdonasen hasta sus frecuentes incorrecciones gramaticales;» llegó, en suma, á obtener las mas altas consideraciones sociales, y la historia nos ha transmitido, con su nombre, el eco de sus triunfos. Este poeta vagabundo fué Pedro Trapassi, su protector el eminente juriconsulto GRAVINA, quien, helizando el nombre del laureado vate, le llamó METASTASIO. GABRIEL DE LA CONCEPCION VALDES era el nombre del mulato cubano de quien hablamos; en la aristocracia de las letras se llama PLÁCIDO. Sus títulos, para merecer la fama, los debe, como el italiano TRAPASSI, á su ingenio. Parécenos que, dada la igualdad de condición, las mismas causas debían producir los mismos efectos. Y entre Plácido y Metastasio hay, respecto al primero, la superioridad de la inspiración espontánea, pues el segundo, al decir de la historia, y hablamos por la de Cantú, componía tan contra de su voluntad, que, para vencer su inercia, tenía horas destinadas para el estudio y puede decirse que para la inspiración, mientras que por los labios de Plácido destilaba la poesía, como las doradas gotas de la miel manan por esas maduras brevas que pican los pájaros y las abejas.

En Cuba, mas quizás que en ninguna otra provincia española, están en uso infinitad de voces que ya son arcaicas en la literatura de la corte: allí abundan, además, los provincialismos, las locuciones raras; en Cuba no se habla con la esquisita galanura del eufónico idioma de Castilla: en Cuba pudieran las autoridades locales, mediante la multitud de órdenes, decretos y disposiciones oficiales que los periódicos publican, dar al habla toda la corrección que se la debe; pero mal pueden los hijos del país expresarse castizamente cuando de las altas regiones gubernativas salen, con harta frecuencia, documentos incorrectos (2). Prueba inequívoca de que no siempre la espada arguye instrucción y talento; prueba inequívoca de que es aquel país, por sus particulares circunstancias, una posesión en donde á menudo se confieren los destinos públicos por premio de servicios... que todos conocemos. No es raro, pues, que nada enseñe quien nada sabe.

Plácido, cantando al girasol, se espresa así:

«Gigante flor que espléndida apareces,
De las campiñas tropical señora!
Dulce amiga del sol, á quien ofresces
Por saludo ta risa encantadora
Cuando á mérced del céfiro te meces
Bañada con las perlas de la aurora,
Y hasta que se sumerge en occidente
No separas tu disco de su frente!
¡Corona de los prados peregrina!

(1) Alusión á Martínez de la Rosa.

(2) En tiempos del marqués de la Pezuela, los instrumentos oficiales que emanaban de su castiza pluma, eran dignos del concienzudo traductor de la *Jerusalén libertada*. Pero ¡van allí siempre hombres como Pezuela!

A presentir en tu existencia luego
Que al regío luminar quizá te inclina
La injusta mano del destino ciego,
Ó te formó la potestad divina
Compuesto vegetal de aroma y fuego,
Dándote de belleza por tesoro
De esmeralda los pies, el rostro de oro.»

¿Se quiere mas riqueza y magnificencia? El verso.

A presentir en tu existencia luego

es de violenta construcción gramatical; trabajo cuesta comprender lo que ha querido decir el poeta. La *mano del destino ciego* es resabio de volterianismo, que en Cuba, como en España, tiene raíces, aunque allí mucho menos que en la madre patria.

Pero sucede que en aquella isla no hay pueblo; no hay mas que empleados para quienes la paz es de absoluta necesidad; hacendados que no piensan sino en aumentar sus cosechas; comerciantes que todo lo reducen á guarismos; que van al teatro, generalmente hablando, en busca del *pasatiempo* necesario despues de las asiduas tareas del escritorio. Aquella heterogeneidad de naciones, de lenguas, de costumbres, armoniza en una sola idea, que es la dominante, el *medro*, y por consecuencia de esto la conservación del *statu quo*. Sucede, pues, lo que en Italia á principios de siglo, y aun ahora mismo acontece allí que «no marchando los literatos con el pueblo, faltaba á sus sistemas la mejor consagración, la de la aplicación práctica, y agitaban cuestiones ó despertaban sentimientos que el pueblo no entendía ni experimentaba; así que, ó deliraban ó tenían que hacerse serviles imitadores de los extranjeros. De aquí el influjo francés que llegó á ser universal en la segunda mitad del siglo pasado, y que se rebelaba así en Metastasio, que tomó de Racine conceptos y asuntos, como en los controvertistas, especialmente Nápoli, que sacaban sus argumentos de las ideas emitidas por los partidarios de la libertad galicana, como en los economistas, que repelían y aplicaban las teorías extranjeras.»

Por eso «Parini satirizaba á los nobles que no hallaban mérito, sino en lo que venía de Francia, ora fuese un sastre, ora una tesis filosófica: Maffei, en el *Raguet*, ridiculizó á los que salpicaban la lengua patria de palabras francesas; Chiari se lamentaba de que pensara en francés el que nacía en Milan; de que se creyese, al parecer, que nada malo se imprimía en Francia, y de que las mugeres, por balbucear el francés, ignorasen la lengua toscana,» y añadía: «Hemos tomado de los extranjeros el trage, el lenguaje y los vicios; pero en cambio, no nos hemos despojado de nuestras innumerables preocupaciones (1).»

No debe extrañarse, repetimos, que en Cuba todo sea afrancesado, cuando Madrid dá el ejemplo á su provincia ultramarina, sin comprender, ó comprendiéndolo y abandonándose á una indolencia, que ya es crónica; sin comprender, decimos, que preparadas las costumbres, con facilidad se hacen las revoluciones...

De ese descuido no se lamentan en Cuba los críticos, porque allí, en la crítica, con raras escepciones, no hay quien diga la verdad, y como aquí (2) se deprime ó se aplaude, sin justicia y sin fundamento; así es, que en la misma brillante composición que hemos citado, dirigiéndose al girasol, dice el poeta:

«Cuando fértil y plácida intercalas
En variados renuevos flores bellas,
A la boreal constelación iguales,
Y cual la osa fúlgida destellas
Entre las otras, que con breves galas,
De menor magnitud áureas estellas,
Resplandecen con brillo y hermosura... etc.»

El pensamiento es original y bello, porque bello es pintarnos la planta del girasol levantando en su tallo del centro esa espléndida flor, compuesto vegetal de aroma y fuego, al par que en sus variados renuevos resplandecen otras pequeñas, á la manera de la constelación que cuenta entre sus estrellas unas de mayor magnitud que otras; pero el verbo *intercalar* es tan prosaico, que acredita, él solo, cuanto de la incorrección de algunos poetas cubanos llevamos dicho.

Si por poesía se entiende, como dice Quadrio, «la ciencia de las cosas divinas y humanas espuesta al pueblo en imágenes y con palabras sujetas á cierta medida,» no hay duda de que *poesía* es la que dejamos copiada; pero hay que tener presente, como dice con razón el autor citado, que las reglas deben tomarse de la autoridad, del uso y de la razón. Para que el *amarillo jaramago* no desdiga de la grandilocuencia que pinta la manera con que

«Las torres que desprecio al aire fueron
A su gran pesadumbre se rindieron,»

es precisa, indispensable, la autoridad de un Rioja. Digamos algo de la brillante oda á *La sombra de Pe-layo*:

«Cuando los altos montes se estremecen
De los airados vientos al silbido
Y las aves y fieras se guarecen
En cóncavas cavernas, ó perecen
De la centella al súbito estampido,
Mientras ni el rui señor ni el cisne canta,
Y todo es susto y confusión y duelo,
Altiya entonces la condor levanta
Ceñida de relámpagos el vuelo.»

(1) Cantú. *Hist. univ.*, tom. VI, pág. 256.

(2) En la Habana maneja la crítica, con suma habilidad y talento, el señor Suzarte. En Madrid pocos distribuidores de la fama rayan á la altura de don Juan de la Rosa Gonzalez, quien con esquisita penetración, imparcialidad enérgica y lógica sesuda, quilita el oro literario, fundando siempre sus juicios con ilustrado criterio. La *Iberia* tiene su folletín á disposición del señor Rosa Gonzalez, y éste ha llegado á merecer el aplauso de muchos graves pensadores.

A su brillante lumbre
Desdén de los Andes la alta cumbre,
Impávida y tremenda como Palas,
Y con mirar sereno
Por la región horripunda del trueno
Bate atrevida sus potentes alas.
Tal yo en mitad del general espanto
Que incertidumbre por dó quier respira,
Pulso risueño la sonante lira,
Vuelo á la cumbre del Olimpo y canto.»

Esta introducción es digna de la oda heroica. ¡Lástima de que afeé uno de los mas enérgicos versos la falta gramatical de aquel en que espresa que asustados de la tormenta, ni el ruiseñor ni el cisne canta! — (cantan). ¡Qué hermosísimo pensamiento, y con qué gallardía dice el poeta que *la condor se eleva*!

ceñido de relámpagos el vuelo!

Plácido, condenado por su pobreza al eterno fuego en que se vive cuando se carece hasta de lo mas necesario para atender á las exigencias sociales, se encontraba en medio de aquella riqueza comercial de Cuba, de aquella vegetación lujosa de los hermosísimos campos en que levanta la palma su airoso penacho, como las almas en pena del purgatorio de Dante,

A sofferrir tormenti caldi e geli.

A él, así como á otros poetas para quienes no tienen ni los ricos, ni los felices, ni los gobiernos, una sonrisa de aprobación, un aplauso que los entusiasme, ni un pan que los alimente, á él, pues, le cuadraba lo que Gozzi, que vivió siempre en la miseria, decía á su muger, á su hermano y á sus tres hijos, todos poetas: «muchachos, no hagais jamás versos, porque perderéis la salud y el juicio, no tendreis apenas que comer y vivireis en continua inquietud.» ¡Plácido murió fusilado!

JUAN MIGUEL DE LOSADA.

EL PASEO BAJO LOS TILOS.

TRADUCCION DE SCHILLER.

Wolmar y Edwin eran amigos, y vivían juntos en una apacible soledad, pues se habían retirado lejos del bullicio del agitado mundo, para desenvolver en filosófica ociosidad los sorprendentes destinos de su vida. Edwin, el dichoso, contemplaba con amantes ojos el mundo, que Wolmar, el sombrío, revestía con el fúnebre ropaje de su mala fortuna. Paseaban juntos un hermoso día del mes de mayo, y recuerdo la siguiente conversación:

EDWIN. ¡El día está tan hermoso, la naturaleza toda se alegra, y vos tan pensativo, Wolmar!

WOLMAR. ¡Dejadme! ¡bien sabéis que no tengo deseos de alterar vuestra alegría!

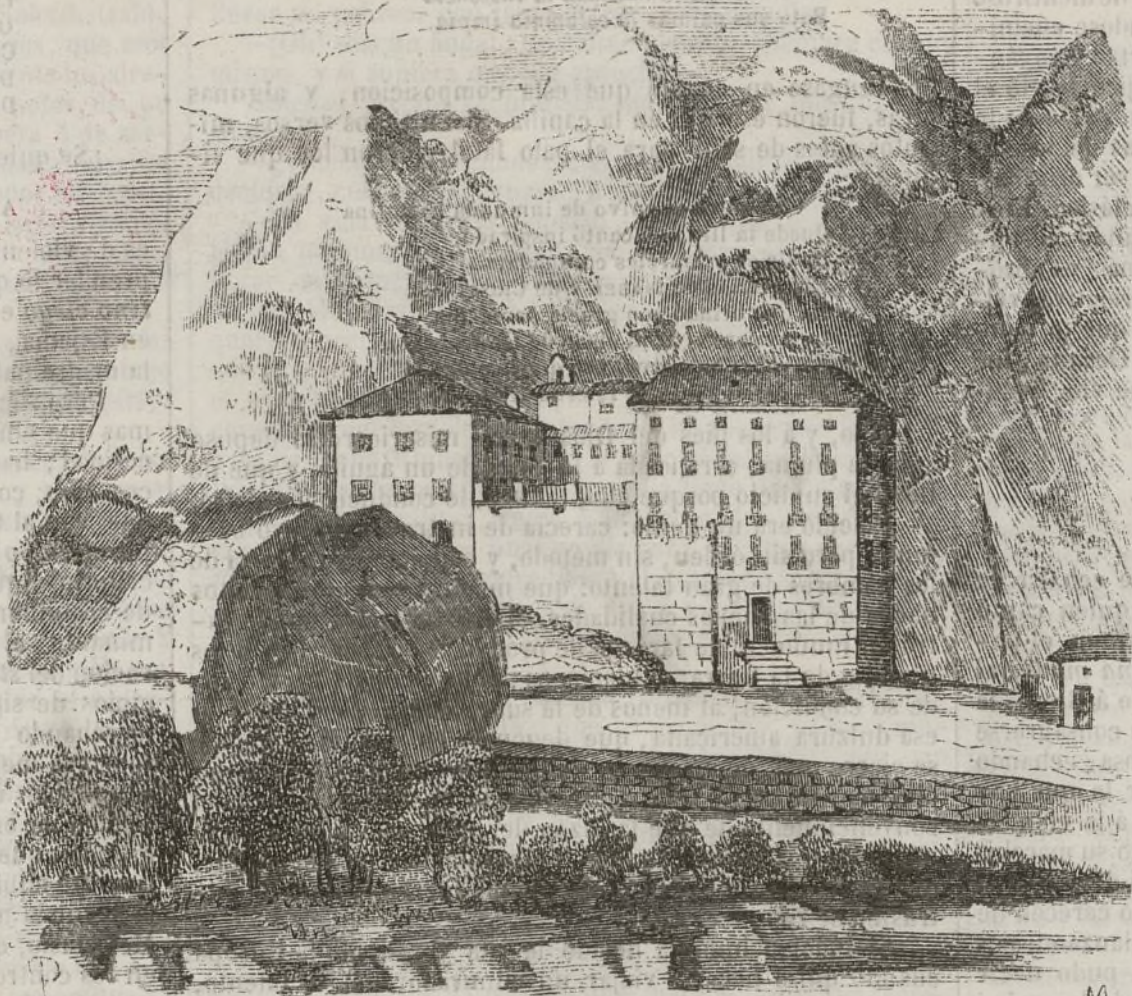
ED. ¡Pero es posible que desdénéis así la copa del placer!

WOL. Si en ella encuentro una araña, ¿porqué no? Mirad; á vos se os presenta la naturaleza en este instante como una sonrosada virgen en el día de sus bodas; á mis ojos parece una matrona vetusta, con rojos afeites en las amarillentas mejillas, y diamantes heredados en la cabeza. ¡Cuál se sonríe burlona en ese su traje dominguero! Pero esta es ya la millonésima vez que vuelve del revés su gastada vestidura. Antes de Deucalion arrastraba ya esa misma cola tan verde y ondeante, tan perfumada y guarnecida. Mil años hace que va á tomar nuevas fuerzas al banquete de la muerte, que extrae su colorette de los huesos de sus mismos hijos y ostenta la podredumbre de sus falsos aderezos. Jóven, ¿sabes tú las gentes entre quienes te paseas? ¿Piensas acaso en que esa interminable rueda es la tumba de tus abuelos; en que los vientos que te traen el perfume de los tilos llevan tal vez á su olfato la disipada sustancia de Arminio; en que bebes quizá en la fresca corriente los huesos pulverizados de nuestro gran Enrique? El tomo que agita la divinidad en el cerebro de Platon, que excitaba la compasión en el pecho de Tito, palpitaba tal vez con bestial ardor en las venas de Sardanápalo, ó se diseminaba en el cadáver de algun ladrón pasto de los cuervos. Ahora bien, Edwin, ¿os parece muy halagüeño el cuadro?

ED. ¡Vuestras reflexiones me presentan escenas muy cómicas! ¡Cómo! ¿porque nuestro cuerpo siga eternamente las mismas leyes, se ha de afirmar otro tanto de nuestro espíritu? Si despues de la destruccion de nuestra máquina, la materia sigue desempeñando el mismo oficio que ejercia bajo la influencia del alma, ¿debe igualmente el espíritu de los muertos continuar las ocupaciones de su vida pasada? *Quæ cura fuit vivis, eadem sequitur tellure repostos.*

WOL. De este modo las cenizas de Licurgo han permanecido y permanecerán siempre en el Océano.

ED. ¿No oís allí los trinos de la tierna Filomela? ¡Quizás sea urna de las cenizas de Tibulo que cantaba tan dulcemente! ¡Tal vez en aquella águila que se remonta al azulado firmamento se eleva tambien el sublime Pindaro! ¡y en aquel amoroso Cefirillo acaso revolotee algun átomo de Anacreonte! ¿Quién sabe si los cuerpos de los amantes no vuelan convertidos en sutiles átomos de polvo sobre los enortijados bucles de sus amadas? ¿y si los restos del usurero



Baños de Fitero.

no yacen aprisionados con grillos de cien años, al lado de sus tesoros escondidos bajo la tierra? Quizás estén condenados los cuerpos de los escritores á verse convertidos en letras ó reducidos á papel para gemir eternamente bajo la prensa, y contribuir á eternizar los desatinos de sus colegas? Mirad, Wolmar, de la misma copa cuya hiel os amarga, saca mi fantasía alegres chistes.

WOL. ¡Edwin! ¡Edwin! ¡cómo revestís las cosas graves con festivas agudezas! ¡Dejadme proseguir... la buena cosa no teme el examen.

ED. Examine Wolmar si es el mas feliz.

WOL. ¡Oh! ¡bah! Sondead directamente la peligrosa llaga. Tambien la sabiduría es charlatan vocinglero, es parásito que frecuenta todas las moradas, calumniando hasta la clemencia en las de los desgraciados, dulcificando los crímenes en las de los dichosos! Un estómago gastado envía los planetas al infierno; un vaso de vino puede dedificar al mismo diablo. Si nuestros caprichos son molde de nuestra filosofía, decidme, ¿en cuál se fundirá la verdad? Temo, Edwin, que para ser sabio hayais de volveros taciturno.

ED. ¡No quisiera serlo con semejante condicion!

WOL. ¡Antes habeis pronunciado la palabra *feliz*! ¿Cómo se llegará á serlo, Edwin? El trabajo es la condicion de la vida humana; su fin la sabiduría, y la felicidad, segun vos decís, su recompensa. Vuelan una en pos de otra mil hinchadas velas, buscando la isla de la felicidad en mares sin orillas, ansiosas de conquistar este vellocino de oro; y dime tú, sabio, ¿cuántos son los que la encuentran? Aquí veo una flota girando en el eterno círculo de la necesidad, ora apartándose de la costa, ora tomando tierra, ya arribando, ya volviendo á hacerse á la mar. Hace fuerza de velas por llegar al vestibulo de su destino, y luego cruza tímidamente á lo largo de la costa para tomar víveres ó componer sus aparejos, y vuelve proa hacia alta mar. Hay muchos que se cansan hoy inútilmente para volverse á cansar mañana. Sepáralos, y la suma queda reducida á la mitad. Al mismo tiempo el torbellino de los placeres arrastra á otros á una tumba sin gloria. Muchos emplean todo el vigor de su existencia en gozar del sudor de sus antepasados. Separemos todos estos, y apenas nos quedará una cuarta parte. Tímida y llena de zozobra navegará sin brújula por el terrible Océano, guiándose por las estrellas engañadoras. Ya brilla la costa feliz como una blanca nube sobre la línea del horizonte! ¡Tierra! grita el vigía, ¡tierra! Una miserable tablita se rompe, y el frágil esquife va á zozobrar sobre la costa. *Apparent rari nantes in gurgite vasto.* Debilitado el diestro nadador lucha por llegar á tierra; boga extranjero y solitario por la zona etérea, y dirige sus ojos preñados de lágrimas hacia su querida patria del Norte. De este modo voy separando millones y millones de vuestro sistema harto liberal. Los niños se regocijan al ver la gallardía de los hombres, y estos lloran porque ya no pueden volverse niños! El torrente de nuestra sabiduría retrocede hacia su origen; la tarde tiene su crepúsculo como la mañana; Aurora y Hespero se abrazan en una misma noche; y el sabio que pretendía salvar los muros de la mortalidad, se debilita y vuelve á ser niño y juguete. Ahora bien, justificadme al artífice con respecto á su obra; responded, Edwin.

ED. El artífice está justificado, puesto que la obra aboga por él.

WOL. Responded.

ED. Digo que si la isla no se halla, no por eso se pierde el viaje.

WOL. ¿Es acaso porque la vista se recrea con el panorama pintoresco que se descubre á derecha é izquierda? ¡Edwin! y para esto solo esponerse á la furia de recias tempestades, fluctuando en los undosos desiertos, y hallando la

muerte bajo las olas? No me digais mas; mi tristeza es mas elocuente que vuestra alegría.

ED. ¿He de hollar bajo mi planta la violeta, porque no pueda aspirar al perfume de la rosa? ¿He de perder este día de mayo, porque una nube pueda oscurecerlo? Yo respiro calma bajo la atmósfera despejada que acorta para mí las largas horas de tormenta; y no he de coger hoy las flores porque mañana no me presenten ya su perfume. Yo las arrojo cuando se marchitan, y cojo sus tier-nas hermanas que brotan provocadoras de sus capullos.

WOL. ¡En vano! ¡en vano! ¡Do quiera que cae una semilla de placer, brotan mil gérmenes de desgracia! ¡Do quiera que se derramó una lágrima de alegría, corrieron á torrentes lágrimas de desesperacion! ¡En el mismo sitio en que el hombre lanza gritos de júbilo, se arrastran mil insectos perecederos! ¡En el instante mismo en que nuestro entusiasmo escala al cielo se lanzan á él mil gemidos de condenacion! ¡Es una lotería engañosa en que los pocos jugadores afortunados desaparecen ante el número inmenso de los desgraciados! ¡Cada instante es un minuto de muerte de un placer! ¡Cada átomo de polvo que disipa el viento es la tumba de un goce desvanecido! ¡En todos los puntos del universo ha estampado la muerte el sello de su imperio! ¡En cada átomo leo el epígrafe desconsolador: Muerte!

ED. ¿Y por qué no, existido? ¡Si cada sonido puede ser el cántico mortuario de una felicidad, tambien es el himno de universal amor! Wolmar, bajo este tilo di yo el primer beso á mi Julieta.

WOL. (Huyendo velozmente). ¡Jóven, bajo este tilo perdí yo á mi Laura!

MODISMO COMUN.

MIENTE MAS QUE LA GACETA.

Lo mismo que faltar á la verdad con mucha frecuencia y con cierto descaro. Alude á las muchas patrañas que solían insertarse un día en la *Gaceta* cuando las comunicaciones no eran tan expeditas ni prontas como ahora. Comenzó á publicarse este periódico á principios del siglo xvi en Venecia, en forma de hoja suelta y manuscrita, con el título de *Notizie scritte*, con motivo de la guerra que los venecianos sostenían contra el sultan Soliman II; época en la cual Venecia era el centro de las negociaciones políticas de Europa no menos que el emporio del comercio. Diósele luego el nombre de *Gaceta* de una pequeña moneda veneciana llamada *GAZETTA*, valor de unos dos dineros, que se pagaba primero por solo leer y luego por cada pliego ó número del periódico.

Salía este primeramente manuscrito, como hemos dicho, y luego impreso, una vez á la semana, y no tardaron las demás principales ciudades europeas en seguir el ejemplo de Venecia.

Sin duda que esta ciudad había tomado la idea de esta primera publicacion periódica, de la China, en donde de tiempo inmemorial se imprime y publica una especie de *Gaceta* ó periódico oficial y mercantil.

V. JOAQUIN BASTÚS.

VARIEDADES.

Pico de Tenerife.—En medio de las montañas y á 3,000 piés por cima del nivel del mar aparece este famoso *pico* cuya elevacion asciende á 12,000 piés. Como Tenerife es una isla de no muy grande estension, se puede distinguir el pico desde el mar á una distancia de 40 leguas. Despues de la region de las nubes se encuentra un receptáculo que contiene agua glacial; en la cima hay un cráter que arroja lavas de cuando en cuando, y, hace unos treinta años, algunas enormes erupciones han probado que el volcan no se apagaria en mucho tiempo.

Por jugar Pablo y Juana al escondite
cierto pleito hubo al año de desquite.
A tal riesgo se espone y tal demanda
quien con mugeres á escondites anda.

A. L. DE SABANDO.

Por todo lo no firmado,
R. DE MENDOZA.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JUAN JOSÉ MARTINEZ.

MADRID.—1860.

Imprenta y litografía de D. Juan José Martínez,
calle del Arco de Santa María, núm. 7.